

CARLOS SALAZAR HERRERA

CUENTOS

DE ANGUSTIAS Y PAISAJES



EDEL

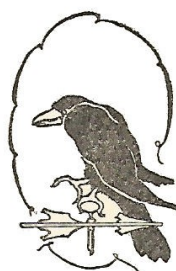
CARLOS SALAZAR HERRERA

CUENTOS

DE ANGUSTIAS Y PAISAJES



Grabados en linóleo por
CARLOS SALAZAR HERRERA



EDITORIAL EL CUERVO

SAN JOSE - C. R.

1947

Versión 1.0 Editorial Electrónica – EDEL

<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

A MI MUJER

INDICE

EL BONGO
UN MATONEADO
LA BRUJA
EL GRILLO
EL BESO
UN GRITO
LA VENTANA
LA DULZAINA
EL MESTIZO
LOS COLORES
EL BOTERO
LA SEQUÍA
EL TEMPORAL
EL ESTERO
EL CURANDERO
LA TRENZA
EL CHOLO
LA SACA
LA MONTAÑA
LAS HORAS
EL CAMINO
EL CHILAMATE
UNA NOCHE
LA BOCARACA

ANEXO

EL PUENTE
LA CALERA
EL CALABAZO
EL CAYUCO



EL BONGO

—¡Eh, bonguero!... ¿Para dónde va?

—¡A las salinas de Jicaral!

—¿No hay lugar para mí?

—¡Cómo no, mi amigo!... ¡Venga!

¡Un bongo!... ¡Y qué parecido es a un cuento!

Un bongo es una pequeña embarcación de velas, en donde caben apenas unas cuantas personas. El casco es hecho de una sola pieza, labrada golpe a golpe, a fuerza de hacha y azuela, de un gran tronco de espavel.

Un bongo es para aguas mansas.

Un bongo no se puede aventurar a mar abierta, como los grandes navios, en donde cabe mucha gente y pasan muchas cosas en sus largas travesías.

Un bongo no puede perder de vista la tierra, porque a pesar de todo, sigue siendo un árbol.

En vela cangreja y trinquete pintan colores las puestas de sol; y por las noches, mástil y botavara, pico y tangón, ensayan nuevos dibujos entre las constelaciones.

Aquel bonguero era un buen viejo sesentón. Macizo por fuera como una quilla.

Transparente por dentro, como una vela.

Hacía servicio de cabotaje en el Golfo de Nicoya.

Pitahaya, Jicaral, Lepanto, Chomes y Paquera... Sal, arena, carbón, plátanos, mangle, cocos y tamarindo.

Por hacer una caridad, había recogido a una chiquilla que quedó sola cuando murió su madre, una parienta lejana del bonguero. Desde entonces, se había dedicado a cuidar a sus dos amores: el bongo, y su hija adoptiva, Natalia, quien siempre lo acompañaba en sus navegaciones.

—Y, ¿dónde está Natalia? —le pregunté.

El bonguero bajó la cabeza con enorme pesadumbre, y me pareció que estrujaba un remordimiento con la mano.

—Se ahogó... Se me ahogó aquí, en este mismo golfo. No hace mucho... Yo tuve la culpa. ¡Viera cómo he sufrido!

Veamos lo que le pasó al bonguero:

Un día, con la pleamar, hacia la madrugada, el bonguero levó el ancla y soplando noroeste, rayó el golfo hacia Puntarenas.

Fue un mal día. A la altura de Chomes lo aprisionó una calma y estuvo varias horas a merced de la corriente. El bonguero iba al timón y Natalia en el banco de proa. Entre uno y otra había un cargamento de plátanos currares.

No sé podía hacer otra cosa sino esperar.

El bonguero había observado que Natalia... ya no era una mocosa sin importancia.

Había notado en la muchacha, con cuánto pudor bajaba su falda cada vez que en un sur fresco descubría sus muslos, y había adivinado, bajo las velas... ¡cómo iban madurando las limas en el limero!

Aquel día, aprovechando la calma, le dijo:

“Natalia, ya no sos una chiquilla y... yo no soy tan viejo. Te he recogido, te he cuidao y te he querido mucho. He pensao, este... he venido pensando que si sos agradecida y... me querés un poquito, bueno, el Padre Raimundo me dijo que no hay impedimento para que nos casemos y...”

“¡No quiero!... ¡No puedo, tata! —lo interrumpió ella—. Yo lo quiero a usted... mas de otro modo. Se lo agradezco, pero...”

“¡No hay pero, Natalia! —gritó el bonguero cambiando de maneras—. Yo te he cuidao pa mí, y ya lo tengo todo arreglao. Mañana vas conmigo a l’iglesia. ¡Ah!..., y no me llames tata. ¿Entendes?”

No se habló más del asunto.

El bonguero echó el ancla en un bajo fondo, y esperando, esperando vientos favorables, se quedó dormido en el banco de popa.

Cuando despertó, no estaba Natalia en el bongo. El resto del día y toda la noche la estuvo buscando en el oscuro golfo.

“¡Natalia!... ¡Hijita mía!...”

Y no la vio más.

Una negra ave marina, muy alto, se mantuvo inmóvil largo rato, como un ancla suspendida en el espacio.

Luego estilizó un descenso, fondeando la inmensa inmensidad del cielo.

El bonguero me miró y dijo:

—A Veces salta el agua, como ahorita, ¿sabe usted? y le pringa a uno la cara, y uno no sabe si está llorando, porque... la mar y las lágrimas son aguas saladas.

—Dígame —pregunté al bonguero—: y Natalia ¿sabía nadar?

—Como un peje.

—Y, cuénteme: ¿no tenía novio?

—No, que yo sepa... A veces la veía con Jacobo, un buen muchacho que me ayudaba a cargar el bongo.

—Y ¿dónde está Jacobo?

—Por esos días me había dicho que se iba a trabajar a Punta Quepos y desapareció sin decir nada.

Y después de una breve reflexión, con los ojos muy abiertos y un nuevo tono en la voz, añadió:

—¡Hombre!... ¡No había pensao en eso! —Y luego, sonriendo dulcemente, con la cara salpicada de mar... o de lágrimas:

—Bueno, si es así... ¡que Dios la bendiga, pues!

En el corazón del Golfo de Nicoya, cayó de pico un alcatraz y levantó la cabeza con una corvina. Otro alcatraz, volando a ras del agua, le arrebató el pescado y huyó hacia los manglares.



UN MATONEADO

Ya nada tenía que pensar. Todo estaba pensado ya.

Eran las cinco y media de la tarde.

Gabriel Sánchez, escondido en el matorral, abrazando su carabina, acechaba la vuelta del atajo por donde solía pasar todos los días Rafael Cabrera, a las seis de la tarde, cuando iba para su casa.

¡Todo estaba pensado ya!

Gabriel dispararía distante a ochenta pasos largos del corte caminero que da la vuelta al Cerro de los Pavones.

Allá, el camino solitario y confianzudo.

Aquí, el matorral encubridor y agazapado.

Por allá pasaría Cabrera.

Por aquí dispararía Gabriel.

¡Las pagarás todas juntas! había dicho, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Algún tiempo atrás, en una armería cualquiera, adquirió la carabina, cuya posesión mantuvo ignorada para todos, oculta en la montaña bajo unas cortezas impermeables.

Todo estaba pensado ya. No cometería torpeza alguna que pudiera delatarlo. Para eso había calculado todos sus proyectos hasta la saciedad, una y mil veces.

Y ahora, sentado sobre los talones, acariciando el arma, esperaba y esperaba, atisbando el recodo del camino.

Había decidido matonear a Rafael Cabrera, y para matonearlo estaba allí, inmovible, como un monolito.

—¡Las pagarás todas juntas!...

Escondíase, grande y rojo el sol de marzo.

Por fin, allá, al despuntar la vuelta del Cerro de los Pavones, con un fondo luminoso de celajes, apareció la silueta del otro.

Gabriel miró su reloj. Eran las seis en punto de la tarde. ¡Cumpliría su palabra!... Ya era cosa de unos segundos.

Entonces empezó a oír apresuradamente sus palpitaciones, y se enojó con su débil corazón.

Frente a él, a dos palmos, vio un racimo sazón de moras, arrancó unas cuantas y se las echó a la boca. Luego las escupió... porque no eran moras.

Aquél había llegado al lugar indicado para matarlo.

Este se puso la culata al hombro, sostuvo el resuello apuntando con toda precisión... y disparó.

El eco repitió el carabinazo.

Aquél se llevó las manos al pecho y cayó violentamente rodando por un pequeño declive, donde quedó boca abajo, hundido en el polvo.

Gabriel Sánchez se alegró de haberlo matado, y comenzó a desarrollar su plan de regreso.

Bajando por un despeñadero llegó a la orilla del río, en cuya profundidad arrojó la carabina. Buscó luego la canoa, que días antes había escondido entre las breñas de la ribera, y la puso a flote.

Remó. Remó usando toda la fortaleza de sus músculos, para librarse bien pronto de tan franca cortadura.

Alcanzada la ribera opuesta, abandonó la canoa a la voluntad del río y se metió en la selva.

Ahora iba lento y sosegado, como si nada hubiera ocurrido. No pensaba siquiera en lo que había hecho. Eso lo dejaba para después.

Un pájaro bobo lo siguió largo rato saltando de árbol en árbol, hasta que se volvió cansado de aquel hombre sin importancia.

El hombre sin importancia acabó de atravesar la selva y salió a un campo de pasto. Después al camino carretero, ancho y sabroso.

Llegó a su casa, regocijadamente. Nadie había. Envolvió una toma de picadura de tabaco en un recorte de papel amarillo y le dio fuego chupándolo hasta colmar los pulmones.

¡Nadie lo había visto!

Echóse sobre una hamaca y sopló una columna de humo.

Entró la noche.

fue cuando se dio a gustar la venganza a su sabor, gozándose del acierto de todo, y de su dominio contra la flaca naturaleza de los nervios. Necesitó luego fortalecer su conciencia con las poderosas razones que tuvo para matar, llevando a su memoria los motivos que originaron aquel juramento: ¡Las pagarás todas juntas!...

«¡Rafael Cabrera estaba ahora muerto! ¡El lo había querido! ¡Se lo había ganado!... ¡No faltaba más!»

Y así, echado boca arriba, con las manos enlazadas debajo de la nuca, estuvo largo rato desgranando una mazorca de recuerdos viejos.

De pronto recordó que él solía permanecer todas las noches a esas horas en el comisariato del chine Acón, donde llegaban a conversar los peones y patronos de las haciendas vecinas. La ausencia suya en el comisariato podría dar lugar a una sospecha; por otra parte, su hermano no tardaría en llegar, sorprendiéndose, seguramente, de encontrarlo metido en la casa, lo cual originaría una pregunta que resolvió evitar. Era preciso considerarlo todo. Hasta los más despreciables detalles, ahora y en el futuro, podrían significar una imprudencia.

Entonces Gabriel comprendió que, en cierto modo había perdido su libertad.

Se dirigió al comisariato del chino Acón, igual que todas las noches, a charlar un rato con los peones.

Allí, posiblemente se comentaba ya el asesinato de Cabrera. Gabriel debería escuchar la noticia con asombro. Quizás reprocharía indignado el crimen. Quizás agregaría luego con fingida tristeza: ¡Pobre señor Cabrera!... ¡No hay derecho para matar!

Iba caminando a paso lento, bajo la noche y entre los grillos. Resolvió desembarazarse en el camine de un fardo de cosas por pensar, pero la carga se le hizo más pesada con una angustia, que no supo por qué, se le encajó encima. Perdía la serenidad conforme se acercaba al grupo de sus amigos.

Tuvo la impresión de que llevaba marcada en el semblante la tremenda verdad que quería encubrir, Tuvo el temor de que sus propios ojos lo fueran a delatar. Sintió miedo de que él mismo, inesperadamente y contra su propia voluntad, fuera a contarle todo, víctima de una turbación.

Quiso arrancarse de golpe aquellas inquietudes, pero ya no pudo. Nuevos temores se le incrustaron en el cerebro.

¿Alguien vería el humo de la pólvora? ¿Alguien lo miraría bajar por el despeñadero? ¿Arrojar la carabina al río? ¿Remar en la canoa? ¿Echarla a la deriva? ¿Atravesar la selva? ¿Cruzar el pastizal?..

Aquel pájaro bobo que lo siguió largo rato, ¿sería capaz de contar algo? Y se echó a reír; luego se asustó de oírse riendo.

No, nadie lo sabía. Todo fue un acierto... ¡Era preciso matar!...

Miró el reloj, eran las ocho recién pasadas.

Y echándose las manos en los bolsillos, con aire indiferente...

Entró en el comisariato del chino Acón.

El comisariato del chino Acón estaba lleno de gente. Gabriel saludó a los muchachos rozando con sus dedos el ala del sombrero y se fue a sentar en un ángulo de la tienda, sobre unos cajones de mercaderías. Encendió un cigarrillo y, al levantar la vista notó que varios peones lo miraban con marcada insistencia.

Un hervor de sangre le recorrió atropelladamente todo el cuerpo.

Observó que entre todos los peones se había hecho un silencio todo lleno de crueldad. A las miradas de aquéllos, se unieron las de otros y otros y otros más.

Tembló.

Se le helaron las manos y comenzó a sudar.

Algunos comentaron algo en voz baja mientras lo miraban de soslayo con aire misterioso. Después... ¡Nada!

Se oía el silencio.

Gabriel creyó necesario sonreír. fue una risa dolorosa, estrujada por el miedo. Notó que le temblaban los ángulos de la boca. Se dio cuenta que no tenía fuerzas para hablar ni para moverse; que no tenía valor ni siquiera para quedarse allí mismo, inmóvil.

El Jefe Político acababa de entrar, y Gabriel pudo oír que dos o tres voces le decían sucesivamente:

—A usted le toca.

El Jefe Político se adelantó con paso lento en dirección a Gabriel, seguido de algunos hombres.

En aquel momento Gabriel reaccionó. Lo negaría todo. Además, nadie podría probarle nada porque no hubo error alguno, estaba seguro. Levantó la cabeza y se llenó de magnificencia.

—Gabriel,—dijo el Jefe Político—venga usted conmigo.—Y ya afuera, con voz piadosa:

—Hará poco más o menos dos horas matonearon a su hermano en la vuelta del Cerro de los Pavones.



LA BRUJA

Escazú, «la ciudad de las brujas», tendida en la falda de los cerros, como si se hubiera venido rodando desde arriba, con su pedregal... y con sus guarías.

Allí, en una casa blanca con una puerta azul, en compañía de cinco gatos y un silencio... vive la bruja Elvira. Dicen que fue bonita en sus mocedades. Cuentan que casó muy niña con un joven lugareño y aseguran que hacían una feliz pareja. Añaden luego que una mañana el muchacho salió para su trabajo... y aún no ha vuelto. Mil conjeturas se extendieron por el pueblo y finalmente el misterio recogió todas las habladurías y huyó con el costal.

La esposa, consultando adivinas y hechiceros, como único camino para saber algo, aprendió el oficio, y terminó por ejercer con mucha industria el arte de la brujería.

Una tarde caliente del tercer mes del año, una muchacha, con ojos color tinta de café, golpeaba con sus nudillos la puerta azul de la casa blanca.

—¿Qué te pasa, muchacha?

—Déjeme entrar, doña.

Y la rapaza le contó su historia: estaba fogosamente enamorada de un muchachote vecino, su novio, pero se le estaba escapando... y no sabía por qué motivo.

—¿Y qué querés de mí?

—Un agüizote pa enamóralo.

La bruja, abrió un viejo cofre de cedro amargo, adornado con tachuelas doradas y se dispuso a buscar el talismán que habría de dar la felicidad a quien lo poseyera. Allí estaba «la piedra de venado», «el ojo de buey», «la guápil de zapote», «los muñecos de cera atravesados con alfileres», y en unos cacharritos de barro cocido «el agua serenada» en donde se bañan por las noches los cuyeos agoreros.

La bruja quedó largo rato mirando aquellos objetos. Luego cerró el cofre y miró a su cliente. Era una muchacha muy graciosa pero bastante descuidada. Colocó en un ángulo del cuarto un enorme cubo de madera y trajo de adentro algunos baldes llenos de agua.

—Desnúdate, muchacha.

—¿Cómo?

—Que te quites la ropa.

—¿Pa'qué?

—Tenes que bañarte en el agua milagrosa.

—¿Aquí?

—Sí.

—Me dá vergüenza.

—No seas tonta.

Entre tanto, la bruja Elvira mojaba en el agua una flor de platanillo diciendo:—«Cegua recegua nariz de manegua»...

La bruja le ayudó a soltar los broches, y la ropa de la muchacha cayó alrededor de sus pies como una circunferencia.

—Aquí tenes jabón mágico.

La bruja le vaciaba el agua desde los hombros, y la muchacha daba saltitos dentro del cubo, rociando el piso de tierra de la sala.

Después que se hubo vestido... la bruja Elvira la sentó en un taburete, haciéndole un bien apretado par de trenzas en el pelo, que anudó graciosamente en la mollera. Púsole una guaría morada cerca de la oreja izquierda, y dándole una nalgada la despidió de su casa.

—¿Y el agüizote, doña?

—El agüizote sos vos, tonta.

La bruja Elvira la miró largo rato caminando sobre el empedrado de la calle.

—¡Qué bonita es!...

La muchacha desapareció a la vuelta de una esquina y la bruja aun quedó en la puerta azul de la casa blanca.

—¡Ya ni pa bruja sino!...

La tarde, caliente todavía, estaba destilando en su gran alambique del poniente las últimas gotas de sol.

En el centro de la calle, por arte de extraña alquimia, se efectuaba la transmutación de los metales.

—¡Hay!... mis pobrecitos recuerdos...

Luego, «las reinas de la noche» destapaban el pomo de sus esencias al reclamo de las primeras constelaciones.

Junto a la torre de la iglesia parecía que iba a haber un eclipse de luna y reloj,

¡Era la hora del aquelarre!

La bruja Elvira entró por la puerta azul de la casa blanca y cogió la escoba...

Cogió la escoba... y se puso a barrer la sala



EL GRILLO

El indio José había conseguido un lugar solitario en el ancho playón de la bahía y entre los jícaros y los tamarindos armó su rancho.

En las grandes crecientes de marzo el oleaje llegaba a empellones debajo de los cimientos, y todo el rancho se estremecía.

— ¡Tampoco voy a poder dormir esta noche!... ¡Ese grillo m'está volviendo loco!

Durante la bajamar, allá muy lejos desembarcaban las olas, a empujoncitos, y se tostaba el rancho inmóvil.

El indio José bajó del tabanco, encendió la linterna y se puso a buscar el grillo para aplastarlo.

— ¡Cho! Es aquí, junto a la troja. Pero ya no sonaba junto a la troja.

— ¡Este rancho es una desgracia!—dijo y dio un puñetazo en el tabique que hizo crujir la armazón.

El grillo guardó silencio y el hombre se fue a acostar.

Unos segundos después volvió el chillido: Agudo. Obstinado. Intermitente.

El indio José padecía de insomnio. A ratos caminaba y caminaba tras el sueño. A ratos se tendía en el tabanco apretando con rabia los párpados. Ya le echaba las culpas al grillo. Ya le echaba las culpas al rancho. Finalmente se acercó sin querer al verdadero motivo de sus angustias:

—¡Si al menos tuviera con quien hablar!...

Decidió hacer un esfuerzo para volverse sordo y se dio a pensar en sus tristezas.

fue en aquella última luna cuando se había quedado solo. Su mujer, a quien quería más que mucho, había empezado con los dolores del parto y entre quejidos y lágrimas... al fin se había quedado tranquila bajo una cruz... a la sombra de los cocoteros.

El indio José vivía desde entonces la espantosa soledad de su rancho, amargado por los recuerdos y desvelado por las amarguras. Pero en aquel momento, lo grave, lo importante, lo inadmisible, era que un grillo se había apoderado de su vivienda.

—¡Este rancho no me quiere!...

De nuevo encendió la linterna. Creyó escucharlo entre la armadura del techo. Subió y lo registró todo colgando de las cerchas, igual a un mono.

¡Nada!

—Quizás está por juera.

Se arrolló un paño al pescuezo y dio varias vueltas al rancho.

¡ Nada!

Entró y le vinieron muchas ganas de ponerse a llorar. Se contuvo para no darle gusto al grillo.

Apagó y encendió la linterna sin dar tiempo a que se acomodaran las sombras.

—Allí l'oigo. ¡Allí está!

Se tocó la oreja para oír mejor.

—¡Ese bandido grillo tiene que morir!

Lento, manso, deteniendo el resuello, fue acercándose hacia el rincón de donde salía el chillido.

—¡Hora sí! ¡Aquí tiene qu'estar! Detrás de la botella de canfín.

Quitó la botella. Escudriñó con mil ojos. Removió el polvo. Arañó con los dedos la tierra. ¡Nada!... No estaba ahí!

El mar había bajado tanto, que apenas se le oía rasgar sus listones blancos.

Los pasos del indio José fueron dejando en la playa un reguero de eslabones.

Volvió a mirar para atrás y contempló un momento el rancho ardiendo.

Su cara se iluminó dos veces. Primero con el resplandor de las llamas... y después con una extraña sonrisa de triunfo.



EL BESO

—¿Cómo murió Miguelillo Ureña?... Voy a contarlo: Murió ahogado.

—Pero... ¡Si Miguelillo Ureña sabía nadar!...

Junto a un pedazo de cielo dormido en el lecho del río, con los ojos suplicantes prendidos de una quimera y las manos temblorosas apretujando una caña de bambú, vivía muñéndose de tristeza el pescador de barbudos.

El pescador de barbudos se llamaba Miguelillo Ureña, y Miguelillo Ureña, que aun no caminaba la legua de los quince, se había enamorado hasta las lágrimas de una muchacha cinco años mayor que él. Rita Camacho, que vivía del otro lado del río, frente a la poza, detrás de los bambúes orilleros. Rita Camacho, quien en aquellos últimos años, como por encantamiento, se había transformado en algo muy parecido a un apretado racimo de naranjas de las mejores.

Desde aquí, muerto de sed, el pescador de barbudos miraba y miraba, por entre los vacíos de los bambúes, cómo la Rita Camacho iba y venía en sus quehaceres, desafiando con sus ondulaciones las ondulaciones de las nubes.

A veces las nubes eran osos blancos sumergidos en el río, a veces eran dragones de la tarde, y Miguelillo Ureña se quedaba prendido en sus escamas de oro, terminando por dormirse agarrado a su caña de bambú. La noche le abría los párpados con las puntas de las estrellas.

Al día siguiente se repetían todas las cosas: La mansedumbre del agua, los sauces mirándose en el río, el secreteo de los bambúes, el silencio de las piedras, la interminable navegación de las hojas amarillas, los osos y los dragones...

De tarde en tarde, Rita Camacho bajaba al río a llenar su tinaja y entonces el corazón del pescador de barbudos sonaba como una tambora.

—¡Hola, Miguelillo! ¿Has pescao mucho?

—Así, así. Ahí va pa usté el más grande.

Y a los pies de la muchacha caía lo mejor de su pesca. Así habría querido también arrojar su corazón adolescente, grande y deshojándose como una chira de plátano.

Pasaban los días y la tortura no pasaba. Miguelillo Ureña, siempre junto a la poza del río, con el alma colgando de los hilos de una mirada amorosa, blasfemaba y sufría, arrojando piedras en la mitad de la poza. Piedras que originaban círculos concéntricos que crecían muñéndose, silenciosos, guardando el secreto de su herida, lo mismo que quien no tiene a nadie a quien contarle sus angustias.

Una tarde llena de humo de sol, llegó Rita Camacho a la orilla del río balanceando el racimo jugoso de su cuerpo y, mostrando al sonreír sus dientes como el velloncito blanco de los cuajiniquiles, preguntó a Miguelillo con ingrata coquetería:

—¿Te gusto?

El pescador de barbudos habría querido contestarle :

«¿Qué si me gusta?... ¿Me pregunta usted que si me gusta?... Pero, ¿no ve que me estoy muriendo poquito a poco por su culpa?... Pero, ¿no vé usted que estoy a punto de echarme a llorar?... Pero, ¿no sabe usted que cuando un muchacho de mi edad se enamora así, de una mujer toda hecha, llora y maldice y blasfema como una montaña ardiendo?...».

Y nada dijo. Bajó la cabeza como con vergüenza y se atrevió a sonreír un poquito. Un poquito apenas.

—Adiós, Miguelillo, ahí te dejo con tus barbudos.

Y Rita Camacho se fue, llevándose, para doble martirio, su reflejo en el agua de la poza.

«¡Cuánto la quiero!—repitió mentalmente Miguelillo Ureña—¡Cómo te quiero!... —Habría querido también decirle:—Espéreme usted, dentro de cinco años tendré veinte... ¡ Esperar cinco años!,—se dolió,— ¡Cinco años!... ¡Sí! esperaré cinco años, ¡Mil años, si fuera necesario! Entretanto tengo que trabajar... pero... si trabajo, ¿Quién la mira?...».

¡Cuántas ganas sintió de no quererla, para volver a ser feliz!...

Una noche calentita, Miguelillo, estirándose para crecer pronto, se quedó dormido en la hamaca de su casa. Entonces se le repitió el sueño disparatado que había sufrido otra noche:

«Bailaban los sauces y los bambúes, y las piedras grises del río jugaban con aros de agua. A veces pasaba Rita sin tocar el suelo. Luego, las nubes borran la casa y todo desaparecía, menos aquello, lo único que era verdad, porque todo era falso: el río, los árboles, la casa, las nubes, menos ¡El Dolor!... Después... ¡Aquella casa! La casa de Rita Camacho, surgía de nuevo y era una casa de cartón con las puertas de papel. ¡Qué fácil era romper aquella puerta!... Miguelillo quiso correr a romperla, pero estaba sembrado en la tierra y... cada dedo de sus manos se prolongaba en una caña de bambú delgada, nudosa y amarilla. Para llegar adonde estaba Rita Camacho había un camino que duraba un siglo».

Miguelillo Ureña despertó.

Sintió un deseo incontenible de llegar a la orilla del río, a mirar, aunque no fuera más que eso, la puerta cerrada de aquella «embruja casa de cartón», en donde se había alojado todo su mundo interior.

Dio un salto y salió corriendo cuesta abajo, quebrando ramas como un huracán. Se abrió campo entre los bambúes y vio a Rita Camacho. Vio a Rita Camacho,... y vio algo más. Vio que alguien la besaba. Un guapo del lugar. Nada menos que Juan Ramón Santana.

¡Fue un beso que no se acabó nunca!...

Aros de agua... Circunferencias luminosas que se extendían turbulentas... Enormes, como toda una vida...

Luego..., el eterno silencio de las piedras. Los bambúes hablando en secreto. El arrullo encubridor del agua. La constante navegación de hojas... Y la noche llena de limadura de estrellas.



UN GRITO

Lo había perdido todo. La tierra, la casa, el sembrado.

Todo lo había perdido. La voluntad, la ilusión, el tiempo.

Hacia la mitad del día, entregó sus bienes al acreedor. Entregó íntegra su hacienda, junto con sus diez años de trabajo.

Su nombre... Matarrita.

Fue allá, por las altas cumbres de Santa María de Dota, donde llegó cierta vez, solo, como caracol ermitaño, buscando tierras anchas y milagrosas... También quiso que hubiera paisaje para tener, de tarde en tarde, donde echar a navegar la vista.

Durante diez años fue transformando en labrantío, el campo que encontró obstinado en apretada montaña. Construyó una casa, pegó en las paredes algunos cromos y aprovechó la callada atención de las cosas para conversar con ellas.

Durante diez años se levantó temprano para descubrir en la siembra, con los primeros resplandores del día, los últimos brotes de la noche.

Finalmente llegaron a decirle que nada de aquello era suyo.

Había obtenido un préstamo, pero... cuando los intereses empiezan a acumularse, simultáneamente la tierra empieza a cambiar de dueño.

Llegaron con un pliego de papel, y con la pequeñez de este pliego envolvieron ¡todo cuanto encontraron!

Matarrita nada dijo. ¿Qué iba a decir?... Todo lo había perdido, hasta el ánimo de buscar una solución. No tuvo una súplica; tampoco una queja. Aun más, añadió una sonrisa... y se guardó la pena.

Al atardecer ensilló su caballo, abandonando diez años de sudores y congojas que quedaron plantados en la tierra para cosecha de otro.

Paso a paso se fue alejando de sus sembrados, como quien vuelve de una fiesta en donde se han derrochado demasiadas energías.

En aquellas desordenadas cumbres, durante la época de las cilampas, el frío atormenta las articulaciones y desconsuela el espíritu. Era la época de las cilampas.

Matarrita se metió las orejas debajo del sombrero, se frotó la nariz, y apretó con las piernas la panza del caballo para calentarse con el vaho.

El viento de agua, a una velocidad disparatada, aullaba como perros con miedo.

Por allí vivía su novia, con sus padres los Ortigas.

Matarrita pensó que debía visitarlos para contarles su fracaso y para aplazar la boda convenida.

La casa toda estaba cerrada. Llamó a la puerta repetidas veces. Nadie respondía.

—¡Upe! ¿ No hay nadie?... ¡Soy yo, Matarrita!...

Esperó unos segundos y llamó de nuevo.—¡Ñor Ortega!... ¡Mela!...

Acercó el oído a la puerta.—¡Soy yo!... ¡Matarrita !...

¡Cuántas cosas pensó que podría decirle a la muchacha! ¡Cuántas ganas tenía de que le dieran un jarro de café caliente! ¡Qué gran deseo de fumarse un cigarrito, sentado junto al fogón de la cocina!

Luego, pudo observar que una de las hojas de la ventana se entreabría unos centímetros.

—¡Soy yo, Matarrita!

La ventana se cerró y pasaron el picaporte, pero la puerta no se abría.

—Bueno,—se dijo, mientras continuaba su camino hacia El Empalme.—Esto también se acabó.

Le quedaba su padrino ñor Aguilar, que vivía no muy lejos, en una planicie talada, a quien no visitaba sino de año en año, para llevarle algún regalito el día de su Santo.

Allí con seguridad le darían un jarro de café caliente.

Cuando pasaba cerca, torció riendas a la izquierda y llamó a la puerta.

La llovizna, casi horizontal, aporreaba las paredes y el viento sacudía constantemente una plancha de cinc mal enclavada.

—¡Padrino!... ¡Aquí está su ahijao Matarrita con mucho frío!...

Pero tampoco la puerta se abrió.

Matarrita, acercándose a una rendija, pudo ver que la casa estaba sola. Luego miró alrededor. Había en todo como un escalofrío de desolación y abandono. Era el espectro de la borrasca que en las cimas desabrigadas espanta a los montañeses quienes huyen buscando los bajíos.

Más allá, ni un rancho, ni una alma, ni un pájaro. Sólo el inmenso robledal, fantástico y despiadado.

Por un instante pensó en el calor sabroso de la Bahía de Moín.

Ahora, el viento de agua, en su trágica carrera cambiaba de paraje y por momentos se acumulaban monstruos de apretada niebla, porque en aquellas alturas las nubes se tienden a descansar.

Los friolentos robles han tenido que cubrirse con musgos y los más añosos se dejaron crecer su «barba de viejo». En las axilas de las ramas tiritan las orquideas, y se descuelgan por los bejucos los quejidos del robledal.

A veces, una alita de huracán lanza cuchillos de doble filo, y con un estremecimiento, todo el robleda, gotea... pero en el suelo hay una muchedumbre de hongos que tienen forma de paraguas.

Al llegar a El Empalme, Matarrita se apeó del caballo. Lo cogió por la brida y lo puso de cara a Santa María, dándole un latigazo en las ancas.

Acababa de recordar que el caballo... tampoco era suyo.

Miró hasta donde pudo a la bestia trotando hacia el potrero, y se frotó las manos limpias de riendas.

fue entonces cuando se dio cuenta exacta de su angustiosa soledad. Se sintió aislado, sin ninguna atadura, sin ninguna querencia, sin ningún derrotero. Y mientras caminaba con su lío de tristezas, se iba perdiendo por un atajo angosto y barroso del robledal velado por la neblina. Iba tropezando con los bejucos y la maleza que se prendían a sus piernas como plantas carnívoras. Iba deshecho, lamentablemente perdido, entre aquel espantoso bosque de horcas con sus cuerdas colgando, mientras la noche se le venía encima cargada de silencio.

Entumecido el cuerpo por el frío, apagados los ojos por la bruma, embotado el cerebro por tantas amarguras, tuvo de pronto la extraña impresión de que había muerto. Lo sorprendió el temor de que, en un arrebató inconsciente, se hubiese colgado de cualquier bejuco, aceptando la insistente invitación al suicidio, que, durante toda la tarde, había venido repitiendo una voz a sus espaldas.

Entonces creyó que debía convencerse a sí mismo de que aun no había muerto. Tenía que hacer algo para solucionar aquella necesidad de volver a la vida. Algo que fuera como una liberación o un desahogo. Algo para dar un hervor a la sangre y un consuelo al alma. Algo para romper el silencio y espantar la tristeza. Algo que tuviera, en un momento dado, el poder milagroso de cambiar el espíritu demasiado confuso de las cosas... Y lo encontró.

Se llenó los pulmones de aire, y soltó un prodigioso grito de fiesta que hizo temblar al robledal.

Ayer conocí a Matarrita. Me contó su historia. Vive en la Bahía de Moín, y se ha dejado crecer su barba de viejo. De tarde en tarde echa a navegar su vista sobre el Mar de las Antillas.



LA VENTANA

El dijo, en una carta, que aquella noche regresaría... y aquella noche, ella estaba esperándolo.

Sentada en una banca de la salita, de rato en rato, desde la ventana, hacía subir una mirada por la cuesta... hasta la Osa Mayor.

Las casas, enfrente, blanqueadas con cal de luna, estaban arrugadas de puro viejas. A veces, las luciérnagas trazaban líneas con tinta luminosa.

El viento venía sobre los potreros cortando aromas de santalucías, y entraba fragante por la ventana... igual que el gato de la casa.

Del filtro de piedra caían las gotas en una tinaja acústica. Caía una gota y salía una nota... Caía una gota y salía una nota...

Sobre los tinamastes del fogón, el caldero cantaba como nunca.

Un San Antonio guatemalteco, se había puesto negro, de tanto recibir humo de culitos de candela.

La llama sobre el pabilo daba saltitos, sin caerse. Era un duendecillo de fuego... Pero al fin, un gatazo de viento se metió por la ventana y lo botó de la candela.

Ella se fue para la cocina, le robó al fogón un duende, y protegiéndolo con una mano, volvió a la sala.

En aquel momento entró él. El nuevo duendecillo proyectó en la pared un abrazo inmenso.

—¿Qué querés?... —dijo ella cuando pudo hablar.

—Dame un vaso de agua de la tinaja.

Hacía... ¡Siete Años!... que tenía ganas de beber un vaso del agua fresca y pura de aquella tinaja, porque allá, donde él había estado, el agua era tibia y salobre.

Después... se puso a acariciar con sus miradas la salita de la casa. ¡Su Casa!...

Entonces notó, que su mujer, le había hecho quitar los barrotes de hierro a la ventana.

... Y con una mirada, destilando gratitud... le dio las gracias.



LA DULZAINA

—¡Maldita sea con este hijo inhábil que me ha salido! ¡Mira que voy a repartir lo tuyo entre tus hermanos! ¡Bota esa... «chirimía» y trabaja la tierra!... —

Y es que ñor Bernardo tenía cuatro hijos varones: tres de ellos sacaban buen provecho de la tierra, y el otro, Miguel, sacaba raras melodías de su dulzaina.

Ña Felipa, mujer de ñor Bernardo y madre de los muchachos, recordaba una vez más que en la casa de sus padres era cosa hereditaria eso de la música. Sus hermanos, sus tíos, abuelos y bisabuelos, hacían sonar casi todo cuanto caía en sus manos. Tablillas y calabazos, cuernos, pellejos y cañas de bambú se iban transformando en algo que daba mucho gusto a los oídos. ¿Cómo no tener un hijo con la misma sangre?...

Miguel, sin embargo, ganaba su dinero, pero lo ganaba a su manera: construyendo marimbas. Marimbas que afinaba con el diapasón de su dulzaina, y que dejaba como canto de jilguero.

Cierta vez, en una hacienda ganadera, arrebató el caracol a un vaquero y sopló una nota tan limpia, tan prolongada, tan alta, que rompió las nubes y empezó a llover.

El tocador de dulzaina solía refugiarse en la escondida cumbre del monte, y bajo el ancho silencio de la altura, ensayaba nuevas variaciones a los temas que le regalaban los pájaros. El viento bajaba porciones de melodías... y fue en uno de aquellos regalos cuando ña Felipa dijo que la música de aquella dulzaina tenía... algo así como un color azulito.

Una mañana cualquiera propuso el viejo:

—Mira, Miguel, coge esa montaña del río, voltéala y sembrá caña. Si lo haces, te regalo el cañal, la molida y el trapiche.

El tocador de dulzaina, después de pensarlo muy adentro, respondió:

—Está bien.—Y con toda la fuerza de su brazo arrojó la dulzaina al hondo del enmarañado precipicio que se abría a cincuenta pasos de la casa.

Miguel empezó a derribar árboles. Árboles viejos y testarudos que se desplomaron entre roncadas protestas de toda la montaña que, poco a poco, fue renunciando por la fuerza, a su vocación de continuar siendo montaña.

—¡Ese muchacho se va'matar!—suspирaba la madre, mirando hacia el bajío por entre los barrotes de la cocina, mientras al amor de dos fuegos calentaba el chocolate para aquel hijo que era más suyo que todos los otros juntos.

Miguel sacó en trozas la madera gruesa, picó la menuda en leña, hizo una ronda y le dio fuego al charral.

La noche de la quema, pedazos de montaña inflamados subieron hasta el cielo. Se iluminó la serranía y se volvió roja la luna.

A la mañana siguiente, algunos troncos, todavía con llamas prendidas, chisporroteaban entre una humareda olorosa a resinas.

El labrador desarraigó el terreno, lo reventó en glebas, lo regó de sudor... y por fin, al lardo caminar de los años, creció gorda y melosa la caña amarilla. Luego hirvieron las pailas y, entre el vuelo de las abejas, los moldes vaciaron una pirámide de rubias tapas de dulce.

Todo el mundo se había hecho un poco más viejo.

—¡Muy bien, hijo mío!—aprobó el gamonal después de la tarea.—A lo dicho, hecho. Aquí está l'escritura.

Por la noche ña Felipa llamó silenciosamente a Miguel.

—Nunca hubiera creído—dijo—que a mis años pudiera descolgarme hast'el fondo del precipicio.

La dulzaina estaba envuelta en un pedazo de papel celofán que tenía... un color azulito.



EL MESTIZO

—Est'es mi rancho, dentre usté, aquí s'acomoda.

Era ya casi de noche.

El hombre encendió una vela de sebo; entonces pude observarlo: un mestizo, tipo del costeño rancio, flemático, por el clima demasiado tórrido. Su cara estaba señalada por el látigo del mediodía.

Nos sentamos a una mesa.

—¿Hace mucho tiempo vive usted aquí?

—Cincuaños.

—Pero... ¿No tiene usted mujer? El hombre se me quedó viendo huraño y desconfiado. Luego bajó la cabeza.

—Tenía una... ¡Se murió!... No quiero tener otra.

En un rincón había una garrafa. El hombre la subió a la mesa.

—Es guaro'e charral.

Bebimos un trago. Después sólo él seguía bebiendo.

—¡Se murió!... No quiero tener otra. Entonces empezó a hablar, más bien que relatando, recordando en voz alta.

—Se murió. V'hacer dos años. ¿A ver?... ¡Sí! Dos años. No era buena Manuela. Yo estaba encariñao con ella. Pa que jué tonta. ¡ M'alegro que s'aiga muerto!...

El hombre seguía bebiendo.

—Un día juí a Chomes a mercar una muía pa'ir a Orotina a vender peje. Estuve ocho días ajuera, cuando volví, Manuela er'otra. Yo y ella nos habíamos llevao siempre muy bien. Yo estaba encariñao con ella. Pos juí un día y le digo:

—A vos te pasa algo, Manuela, sos otra; ¿qué tenes? decime: ¿qué te ha pasao?

El hombre bebió otro trago.

Por las grietas del rancho entraba la fosforescencia del mar. Ahora estaba de vaciante, sosegado, quejumbroso apenas. Oíase lejano el chapoteo de una lancha en el desagadero del Tárcoles, y el monótono croar de un sapo.

—No tengo nada, hombre, ¡déjame!

—Mira, Manuela, no seas así, vos has cambiao mucho. Estás hech'otra.

—Pos... Cad'uno es cad'uno.

—A yo me entró com'una cólera, pero pa'evitar me quedé callao.

Sobre la mesa chisporroteaba la vela, haciendo una estalactita de sebo.

El hombre llenó su jarro.

—Pos un día l'hallé platicando con Juan Lobo. Juan Lobo es un hombre que vivía a medi'hora de aquí. Ya se jué, qui'n sabe pa'onde. En la noche d'ese mismo día, había una tempesta. El mar estaba picao y relampaguiaba con tormenta. Yo salí a meter la mula que había arrancao a juir ahí p'adentro. Cuando volví hallé a Manuela alistand'un motete.

—¿Idiay?... Manuela, ¿qu'es eso?

—Yo m'acordé qu'ese día la vide platicando con Juan Lobo, y se me puso que habían andao en enredos mientras yo andaba en Chomes.

—¡Mira, sinvergüenza, vos te vas'ir a juntar con ese hombre!

—Pos va la maldita y se m'encara y me dice:

—Sí, vo'ir a júntame con él, rae gusta más que vos. Cad'uno es cad'uno.

—Está bien,—le dije—¡Andate ya! ¡Pero ya! ¡Si es que podes llegar!...

Ella salió pa'juera.

Los ojos del mestizo irradiaban, y bebía, bebía sin lograr emborracharse, y oprimía con su manaza el cuello de la garrafa como si quisiera estrangularla.

En la pared, colgado de un clavo, había un rifle de grueso calibre.

—Cada uno es cad'uno,—roncó el mestizo—y después de una pausa:

—¿Le dije a usté qu'esa noche había tormenta?

El hombre tapó con el corcho la garrafa.

— ¡Pos... la mat'un rayo!



LOS COLORES

Otra, como tantas veces, llegó Mateo a su casa cayéndose de borracho. Llamó a su mujer y a su hija, cogió dos cuchillos y se puso a amolarlos, uno con otro, porque le daba placer asustar a la gente débil; después los clavó en un horcón, vomitó unas palabrotas y, entre los azules llamarones del alcohol, dijo lo que muchas veces tuvo ganas de decir:

—¡Ya me aburrí de vos, Antonia!... ¡Tengo... otra mujer!... ¡Ahi te dejo con esa... mocosa!...— Y se fue garabateando su borrachera sobre el polvazal del camino.

Antonia lo miró alejarse y se refugió en los brazos de su hija, quien tuvo el acierto de no decir nada.

«Flor d'itabo» llamaban a la hija de Mateo y Antonia, porque alguien dijo que «era palideja y amarga como flor d'itabo, y que había brotao entre cuchillos enconosos».

También, como la flor del itabo, gustaba de los parajes altos, para mirar hacia el poniente, los trapos de que se despoja el día.

—¿Por qué, m'hijita, te gusta tanto ver poner;; el sol?

Y Flor d'itabo trató de explicarlo dentro de la limitación de su lenguaje. Dijo, a su modo, que k gustaba ver cómo se fundían los colores en el cielo, originando nuevos y variados matices, y que ella poseía la facultad de descubrir colores donde nadie los veía, o que quizás los colores estaban dentro de ella misma.

La madre no comprendió nada de aquello y tuvo miedo por la salud de su hija.

Por ahí cerca estaba la fábrica de carretas de Gabino Sojo. Flor d'itabo pidió permiso a su madre para buscar trabajo en el taller. Quería... decorar carretas. Quería trabajar en lo suyo, en lo que le salía de adentro, porque su alma estaba llena de colores.

La fábrica de carretas estaba en una vieja casona de adobes sobre una elevación del camino, desde donde se veía una vasta extensión de potreros, rastrojos y sembrados caprichosamente dispuestos en triángulos, manchas y cuadriláteros, iluminados con los brochazos del sol, como uno de esos seductores cuadros que nadie entiende.

Una veranera roja extendía su sombra violeta sobre el angosto camino amarillo.

Flor d'itabo dibujaba nuevas plantillas, coloreando espaldares y compuertas. Pintaba en las ruedas estrellas de diez y seis, treinta y dos y sesenta y cuatro puntas,... y todas las carretas se iban llenando de ritmos ornamentales, con dibujos y colores inspirados en las yerbas y en las nubes.

Pasaban las carretas como una exposición ambulante de dibujos decorativos, invitando a las gentes, con el rítmico cacareo de las bocinas.

—¡Qué bonita carreta! ¿Onde te la pintaron?

—¿Onde ib'hacer? Onde Gabino Sojo. La pintó Flor d'itabo...

Y la fama de la decoradora de carretas se había extendido por todo el pueblo, por todos los pueblos vecinos, y más allá, mucho más allá, de uno y otro lado, hasta donde verdean los mares.

Otro de tantos días, Mateo resolvió llevarse a Flor d'itabo, y hacia el atardecer fue llegando a la fábrica de carretas. Iba con aspecto dominante y decidido. Al llegar a la tranquera del taller, vio a su mujer que le llevaba el café a su hija. La llamó.

—¡Vengo por Flor d'itabo!—dijo sin más rodeos. —¿Me la querés quitar?

—¡Sí!

—¡No te la doy!

—¡Es m'hija!

Antonia lo pensó y dijo resueltamente:

—Flor d'itabo no es hija tuya.

Mateo quedó un momento desconcertado. Luego resolvió echarse sobre su mujer para golpearla, pero de pronto se contuvo.

—¿Quién es el tata pa...

—¡Es hija mía!—lo interrumpió una voz detrás de Antonia.

Mateo apretó los labios para decir un insulto, pero se arrepintió al mirar que Gabino Sojo desenvainaba una larga cruceta.

—¡Mialegro!—dijo Mateo cobardemente—Así no tengo nada que ver con ninguna de las dos—. Y se marchó balanceando los brazos más de la cuenta.

El dueño de la fábrica de carretas y la madre : Flor d'itabo quedaron frente a frente. —Perdóneme, Antonia—dijo él. —Gracias, Gabino—dijo ella.



EL BOTERO

Como caña lanzada por arco, escurrida entre las sombras, perforando la distancia, llegó el grito.

Llegó el grito pidiendo bote en la ribera norte de la desembocadura del río Grande de Tárcoles.

Seguía el ruido del agua y la noche negra metida en todo.

Una estrella cayó en el mar. Era la única estrella.

Poco después, brilló en la ribera Sur la llama de una lámpara de carburo, como respuesta prolongada y luminosa.

—¡Ya viene'l botero!

A buena distancia se movía la luz, derivando hacia el Pacífico, perdiéndose a ratos, apareciendo luego más... y más luminosa.

Bajo los palos del atracadero chapoteaba el agua acumulando basura, y sobre un olor a podrido volaban miríadas de zancudos. Oíase la voz de los sapos, el silbido de los grillos, el desagüe tranquilo y el viento en las ramas, todos, en un son inacabable, bajo, siempre igual.

Pasó mucho rato oscuro y tornó a brillar la luz más cercana, tiñendo reflejos en las ondulaciones. Sonaba ya el compás de los remos partiendo el agua, cada vez más duro, más duro cada vez, hasta que la proa tocó en los palos del atracadero.

—Buenas noches, amigo.

—Muy buenas las tenga usted, amigo.

El botero alumbró la cara del que había llamado. Le era una cara desconocida.

El que había llamado se metió en el bote, y el bote empezó a derivar, costeanando, bajo las ramas de la orilla, abriéndose paso entre los lagartos.

El botero amortiguó la luz y explicó:

—Bajando m'encandilo y si uno se descuida el río lo bota'la mar o lo vara en los playones... ¡El río es traicionero!...

Los bancos de arena en la boca detienen y acumulan las ramas, que son las grandes contorsiones que dejan las crecientes.

Sonaba la cortadura del remo haciendo de timón y gritaban las chumaceras pidiendo un poco de grasa.

—¿Y pa'onde vá usted, amigo?

—Pa'Las Agujas, amigo.

El botero avivó su lámpara virando hacia la mitad del río.

—Hay que conocer este manejo. —Me parece, amigo.

Los dos hombres hablaban de rato a rato, sin mirarse las caras, porque la noche había escondido en la oscuridad, todo lo que en la noche había, mientras la luz de la lámpara enfocaba allá lejos la orilla aquella del río.

—Y perdone usted la pregunta,—dijo el botero por preguntar algo—¿Cómo es su nombre?

—Juan de Dios Pereira, pa'servile.

—¿Juan de Dios Pereira?... Pos vea usted lo que son las cosas... ¡Yo soy Antonio Guadamuz!...

Pereira no contestó. Guadamuz había levantado un remo y se lo había partido en la cabeza.

Un olor a podrido llegaba a tiempos con la dirección del viento.

Antonio Guadamuz acercó su lámpara a la cara de Pereira. Allí lo contempló largo y recordando.

—Qué viejo estás, Pereira, no te había reconoció. ¡Hace tantos años!... Tal vez treinta... ¿Creyiste que no nos volvíamos'hallar?... pos ya ves lo que son las cosas... ni te di tiempo pa'que te acordaras... ¡Qué viejo estás, Juan de Dios Pereira!...—Y con el remo lo empujó echándolo en la mitad del río.

Oyóse caer pesado el cuerpo y seguido el chapoteo de los lagartos. Sonaron ruidos guturales y reventaron grandes burbujas sanguinolentas entre la ebullición del agua.

El bote se alejó al canaleta, taladrando la noche definitivamente negra.

Caía sereno.

El botero llegó a la ribera Sur. Anudó las amarras en los palos y después de hundir una mirada profunda en la negrura del río... caminó. Iba gibado, con la noche embrocada a sus espaldas, recordando cosas viejas.

Se desnudaban las olas en la playa, y en la playa tendían su ropa blanca.

—Al fin t'encontré, Juan de Dios Pereira,—dijo en voz alta—. Ya te había perdonao, pero la desgracia... que juré matarte cuando te hallara... y el río te trajo a mí, oscurito, oscurito... mansito, mansito, pa'que cumpliera mi palabra. ¡Río traicionero!...

El terral se llevó la voz mar adentro.



LA SEQUÍA

Muy parecido estaba a uno de esos tocadores de ocarina en piedra que hicieron sus antepasados.

Sin moverse, pasmado, horas y horas, en cucullas.

Piedra con musgo era así su cara, al reflejo de las matas que todavía podían ser verdes.

Al reflejo de las matas, junto a la entrada, afuera, estuvo siempre el indio echando raíces y el corazón también.

A fuerza de estar ahí, el indio había cogido el color del rancho.

El rancho en él vientre de la montaña, seca por la sequía, fue volviéndose sonoro.

Rancho horquetado, amarras de bejuco, hojas de plátano, corteza de palmito y tierra.

Adentro estaba la india compañera. Charco de ¡agua clara de esos que repiten a la luna, era por dentro la india. ¡Cosas de la montaña!

No llovía.

Se cansaron los yigüirros de pedir agua. Cayeron las hojas de todos los árboles grandes. Entre la tierra y el sol se bebieron el río. Hojas, hojas, hojas. Amarillas las hojas que no pudieron sostenerse más. Hojas secas en todos los rincones de la selva. Secos los bañaderos de los chanchos y el sexo de las flores. Sin agua los bejucos de agua y la cortadura de los arroyos. Secas las narices de los animales... Un corazón y secándose otro.

La india fue saliendo del rancho a pasos torpes. Se detuvo. Miró al indio. Miró el rancho. Miró la picada. Miró otra vez al indio, al indio, su hombre. Se acercó a él, hasta tocarlo con las enaguas. Esperó. Esperó, pero el indio no abrió la boca. No la miraba. No se movía. La india se dio a caminar y huyó despacio, muy despacio.

Allí quedó el indio. La cabeza incrustada en las manos. Los codos amarrados sobre las rodillas. Los pies con raíces en la tierra.

El silencio abríase alargándose en el rancho que se fue pareciendo a rancho en donde no vive nadie.

Ella se lo había dicho. Le había anunciado que se iba para siempre, porque ya no podía más. Porque él no la miraba, porque no le hablaba, porque no la quería. Porque aquel silencio le estaba doliendo como una úlcera.

El quiso decirle algo, pero como jamás dijo nada, esa vez tampoco. El indio no sabía decir, no le salía, no estaba en él.

Y la india quería eso: un poco de palabras para asustar al silencio. Un poco de ternura para acortar las horas. Alguna vez una sonrisa para dar color al rancho. Quizás una caricia... ¡Pero no!, era mucho pedir.

El indio y la india no se podían encontrar donde se hacen uno solo los caminos.

Tiempo atrás, una vez cuando iba la india por el interior de la selva, halló a mirar a un manigordo con

su hembra. El macho lamía la piel de su compañera, se restregaba contra ella, daba saltos, la miraba, acercábasele estilizando ondulaciones en el lomo moteado a negros. La hembra contestaba agradecida con igual ternura; en las pupilas se veía. Después... después se echaron juntos y todavía se prodigaban.

La india comparando vio que el indio no era así.

Huía la mujer, despaciosos los pasos. En las hojas arrugadas se le hundían los pies hasta los tobillos y en el pecho una congoja le subía hasta los ojos.

No quiso ni pudo dejar al indio cuando vio a los manigordos, pero ahora sí. ¡Ahora, que estaba para tener un hijo! Ahora sí abrazó la huida con todo el cuerpo.

Huía, con un miedo espantoso de que aquel hombre fuera a aplastar al indiecito con una mirada indiferente. ¡Eso sí que no!

No quería tampoco a su hijo para ella sola. Quería compartirlo, pero por partes iguales. Quería dividirlo en dos cariños para que tocara media tristeza y media alegría a cada uno. ¡Era demasiado para ella sola!

¡Dios mío, se han secado todos los ríos!

Para que el indio no fuera a aplastar al indiecito con una mirada indiferente, por eso, no se lo había dicho. El no sabía que iba a tener un hijo. Se quedaría por siempre sin saberlo. El embarazo estaba a la vista. El podría haberlo adivinado si se hubiera puesto a mirarla... Pero el indio no la miraba.

La picada se prolongaba reverberando calor. Larga y fea picada como la vida.

«¿Y si lo supiera?—pensó la india iluminada la cara con lumbre de ella misma—. ¿Si lo supiera?... ¿Tal vez si lo supiera?—Y paró la huida.—¡Tal vez lo está esperando!». Y empezó a caminar, ahora con dirección al rancho.

Caminaba ligero, más ligero. Corría. Lo desanduvo todo. Quebró las hojas arrugadas que sonaron como campanas pequeñísimas o latidos. ¡Qué corto es el camino!

De allá lejos, cogió la casa con los ojos. Afuera estaba el indio, como lo había dejado. Seguía parecido a los tocadores de ocarina en piedra.

En cuclillas. Piedra con musgo. Junto a la entrada, afuera. Color de rancho. Echando raíces. Mudo, y el corazón...

Llegó la india con miedo. Como una de esas perras sin dueño que van a robarse una tajada de carne. Tuvo miedo. Tembló.

Y el indio sin moverse.

La mujer tragó un puñado de valor y se lo contó todo. Se lo dijo en una sola frase, y esperó el efecto. Esperó un instante demasiado largo.

¡Cómo dura el silencio!

El indio empezó a sentir una alegría millonada de gozo.

Toda la vida lo había esperado.

Iba a abrazar a su india con su indiecito adentro. Quiso decir lo que no podía decir. Quiso reír, gritar. No pudo.

Quiso abrirse con las manos el pecho para que ella pudiera verlo por dentro. Quiso darle las gracias. Pero nada dijo.

Quedó inmóvil, con la cabeza metida entre las manos.

El indio no podía hablar. No estaba en él. Era cerrado, con la sequía adentro. Así lo había parido su madre.

La india tornó a huir montaña adentro.

El indio todavía quiso llamarla, pero la voz no le salía; levantarse, pero tenía los pies con raíces.

Quedó sentado en cuclillas, como los tocadores de ocarina.

Quiso mirarla, pero vio turbio.

¿También se estaría haciendo ciego?

Se restregó los ojos. Estaba sudando. Miró de nuevo, ahora veía claro. Luego comenzó a empañarse nuevamente la figura de la india huyendo del silencio.

Aquello no era sudor...

¡Le salía de los ojos!...



EL TEMPORAL

Pacho era un hombre callado, que había puesto su rancho en el claro.

El rancho en el claro parecía un hongo.

En torno, crecen los cedros machos, ensartados en las nubes, y los palmitos son parecidos a cohetes de luces.

Un manú. Un burío. Un guayacán. Un pájaro. Una bocaracá. Un grito de congo.

Mil ruidos que no se sabe de dónde vienen.

Empezó a llover.

Echado en el tabanco, sentía Pacho modorra de buey viejo.

A ratos caía un chubasco, y quedaban los árboles mechudos. Algún cedro se quebró.

El hombre rumiaba breva con pereza de quijadas.

Pacho tenía una yegua blanca cuatro veces parida. Era una yegua con cholladura en el espinazo.

El hombre y la bestia iban juntos a Siquirres a negociar el carbón. Los dos viajaban callados. El hombre y la bestia eran una sola cosa.

Pacho... tenía también mujer.

Veíase del rancho, a trescientos pasos: el despeña-ero del Reventazón, casi al frente el río Siquirres, y muy lejana, desde el combo trasero, la raya azul del Caribe.

Había entrado el temporal, con necesidad de chicharra. Lluvia toda una noche, todo un día, una noche más y al día siguiente también. En los hondos del terreno daban saltos los desagaderos. Los árboles se gibaron y tembló de miedo el rancho.

¡El temporal!...

Echado en el tabanco sentía Pacho modorra de buey viejo.

—¿Querés café?

Y en respuesta, el hombre sacaba un quejido de adentro del estómago.

Estaba cansado de oír llover. El temporal se le estaba metiendo en todas las ramificaciones de los nervios. Le aplastaba la cabeza, lo tentaba con las manos húmedas. Le hacía muecas, y el chorro de la canoa parecía caerle en los sentidos salpicando estrellas.

—¡Si al menos hubiera un trueno!...

Pacho bajó del tabanco y ensilló la yegua. El hombre y la bestia, que eran una sola cosa, salieron del rancho sin despedirse.

La mujer los vio desbaratarse en lo gris lejano.

El hombre y la bestia entraron en la picada, sobre el hojarascal mojado, bajo las gotas que caían como perdigones, entre el enredo de los guachipelines y los bejucos verticales.

Un zopilote se mudó de árbol.

¡El temporal!...

«Pobre yegua mía,—pensó el hombre—trabajadora y paciente. ¡ Cuatro partos! Y de la vida no había pedido nada. Un pedazo de potrero. Nada más».

Pacho iba encorvado, por su nariz chorreaban las gotas del aguacero.

El temporal se le había metido en los nervios.

Ahora en la picada, arañaba el camino tentado por las breñas.

La yegua, siempre callada, chapoteaba barro y se ensuciaba la panza.

— ¡Maldito temporal!...

Tenía el hombre mucho cariño por su yegua blanca. ¡Claro que la quería! Acababa de darse cuenta de ello. ¡Cuatro partos! ¡Qué buena yegua!

—¡Maldito temporal!—Y le acarició las ancas. Azotó el viento como cortada en la nuca, mientras la lluvia, ahora más oblicua, empapaba toda la montaña. Pacho iba en busca de José. José le debía unos reales de la última entrega de carbón.

—¡Qué modo'e llover!...

El río estaba crecido y roncaba fuerte.

Pacho y la yegua se echaron al agua y empezaron a nadar en lo menos azotado. Los dos respiraban con las narices hinchadas y los pescuezos estirados en alto.

«¿Habrá derrumbes en la línea?».

Pacho seguía hablando para adentro.

«La yuca se perdió. ¡Qué vaina! Con los ríales que rae debe José. ¿Que me debe?...» Pacho acababa de recordar que se los había pagado quince días atrás.

—¡Maldito temporal!...

La creciente los arrastraba en una diagonal infinita; pero ya la orilla opuesta estaba allí. Pacho se agarró a la rama de un higuierón. Entonces pudo ver que la yegua no nadaba, que se sostenía apenas, que pataleaba, se hundía, y que tornaba a salir luego para alejarse, la vio golpeándose contra los árboles y las piedras, envuelta en el remolino del codo. Y no la vio más.

—¡Pobre yegüita mía!—dijo—¡Cuatro partos! En cambio mi mujer...

Y se soltó de la rama, abandonándose a la correntada.

¡Maldito temporal, que le había mojado el sistema nervioso!

Por la rendija de dos nubes, se asomó un instante el sol a mirar lo que pasaba.



EL ESTERO

A la sombra inclinada de un higuerón, Maurilio, con un garrote de guayacán, descascaraba unos palos de mangle sobre una horqueta, después de haber picado una carretada de leña en trozos.

A cuatro o cinco pasos de distancia, lo miraba Toño, tumbado boca abajo, sobre la proa de un bongo viejo y destartalado.

Las astillas, de un color rojo fuego, parecían pavesas encendidas, desparramadas sobre la arena.

—¿No te cansas d'estar de vago?

—No. A veces me canso de verte trabajar.

Algo lejos, sobre una panga volcada bajo un almendro, Oliva sacaba chuchecas de un montón de conchas.

Un escandaloso remolcador tiraba de un tren de lanchones repletos de ganado.

Hacia la Isla de Chira, entre los espacios de unas y otras nubes, pasaban los rayos del sol, igual al aparejo de un enorme velero fantasma, desdibujado por la distancia.

El Estero brillaba rojizo, como una lámina de cobre amartillado.

De rato en rato, Toño arrancaba la mirada de la labor de Maurilio, y la echaba a descansar encima de Oliva.

Maurilio seguía descascarando palillos de mangle.

En aquel ardiente clima, Oliva, así, sentada, acin-turadita y morocha, parecía un calabazo llenito de agua fresca.

Maurilio cogió su orgullo y lo puso a un lado.

—Déjamela, Toño, no seas mal amigo. Vos sos muy suertero con las mujeres,... yo no. Vos la querés como a todas, pa burlarte d'ella y desacreditarla. Yo la quiero pa casarme con ella y pa estimarla toda la vida, hasta que rae muera... Déjamela, Toño, no seas mal amigo.

—Pues está bien, Maurilio, me quito. Ya está. —y se fue para su casa, dejando el puerto franco, para que su amigo bogara a todo trapo.

Maurilio terminó su tarea y caminando en dirección a Oliva, pasó bajo un molinete en donde se secaba un chinchorro y alegremente lo puso a girar de un manotazo.

—Qué dicha que vino usted, Maurilio,—dijo la muchacha—estaba desiendo que viniera.

—Pos aquí estoy pa servirle.

—Pa'eso lo quería, Maurilio, pa'que me le lleve un recaó a Toño. Dígamele qu'esta noche lo espero en aquella lancha...

Maurilio se vino caminando muy despacio. De pasada, detuvo tristemente al molinete que todavía estaba dando vueltas. Llegó al montón de leña. Empuñó el garrote con que estuvo descascarando mangle, y lo arrojó al Estero con mucha fuerza, como quien manda al Diablo todas sus esperanzas.



EL CURANDERO

En primer término un árbol, desnudo de musgo. Era un árbol sin vida, en pie. Un enorme viejo petrificado, de más de trescientos años.

Después...

La neblina, revolviéndose en su misma densidad, como debe ser la tremenda confusión del alma cuando se le muere el cuerpo.

Una calavera de novillo, tirada por ahí, con las cuencas llenas de agua.

Y casi invisible, la mancha gris de una casa destruida por la neblina.

El curandero Constantino se bajó de la muía, la cual confió al viejo petrificado. Miró la calavera de novillo... y como un espectro, pasó sin dificultad a través de los muros blancos de la neblina.

—!Upe!

—¿Quién?

—Costantino.

—Dentre.

El curandero empujó la puerta y entró pintando de miradas las paredes.

—Con su permiso... ¿Onde está Isáias?

—Pase por aquí, Tino... Yo creo que y'está agonizando —contestó en secreto la mujer de Isáias.

El curandero se acercó al enfermo. Le puso aun mano en la frente, le levantó un párpado y miró el ojo.

Afuera estaban los sudarios, y las calaveras de novillo, y los árboles callados, resistiéndose a desplomarse.

Adentro, el cuarto estaba lleno de respiraciones, de oídos, de ojos, de latidos y de silencios llenos de palabras.

—¿Dende cuándo está enfermo?—preguntó el curandero.

—V'hacer una semana. —¿Cómo empezó?

—Con fríos, vómitos, tos, calentura y una estaca en la espalda. —Aja.

—Le yerve el pecho y le cuesta resollar. —Aja.

El curandero dio algunos pasos rascándose la cabeza y llamó hacia la cocina a la mujer del enfermo.

—Dígame una cosa, Lupe: ¿Por qué me mandó recaer a yo que viniera a ver a Isáias?

—Si yo no juí, Tino. Jué él, el mismo Isáias. Dende que se enfermó m'está diciendo: Tráiganme a Constantino. Yo sé que Tino me alivia. ¡ Yo sé que Tino me alivia!... A yo m'extrañó mucho que lo pidiera a usted, que vive tan largo, y estando ahí nomasito ñor Lolo, pero... dionde convéncelo... ¿ Idiay?... ¿ Yo qu'iba hacer?...

El curandero descubrió apiñaditas, como protegiéndose una con la otra, sentadas en un oscuro rincón de la cocina, a dos muchachas como de la misma edad.

—Son mis hijas—creyó necesario explicar Lupe— Mis únicas hijas, las pobrecitas son sordomudas.

Constantino nada dijo. Volvió al cuarto del enfermo y se sentó en la cama.

Lupe, apoyada en la pared, mordiendo la punta del delantal, pensaba:

«Hace veintidós años y cuatro meses pasó lo que fue, y aquellas infelices criaturas gemelas—estaba segura—eran hijas de Constantino, ¡Nadie lo sabía!... ¡ Nadie en el mundo!... sino ella, y ella lo sabía con toda la tremenda realidad de una mujer que se creía justamente castigada por su flaqueza... Pero ahora, estaba sintiendo una angustia. Sintiendo el temor de que Constantino fuera a sospechar que aquellas pobres mellizas eran hijas de él. Ella no quería que Constantino sufriera por aquello. Por miedo y por amor, había dejado la pena a su inocente marido».

Constantino, sentado en la cama, tomando el pulso del enfermo, pensaba:

«Hace como veinte o veinticinco años ocurrió aquello. El no sabía cuanto tiempo. Lo cierto era que fue una aventura de su juventud sin consecuencias, que le había dejado un grato recuerdo. Desde entonces, se había marchado del lugar y vivía soltero, a doce leguas de distancia, sin saber nada de aquella familia... hasta hoy. Pero ahora, le estaba rompiendo el corazón la sospecha de que quizás aquellas desgraciadas muchachas ...».

El enfermo se movió, y esta agitación arrancó a Constantino de sus pensamientos..

—Hay que ponele unos sinapismos en pecho y espalda, y dale a oler las siete yerbas. Yo tengo la muía ahí ajuera, y vuir a la Villa a trer mostaza. Mientras, vaya usted, Lupe, a la cocina y pone a calentar cuanto chuica encuentre. Si tiene cobijas coloradas, mejor.

La mujer se fue a la cocina a hacer lo que le mandaban.

El curandero quedó mirando al enfermo.

Isaías abrió los ojos, y con mucha dificultad le habló a Constantino de esta manera:

—Mira... Tino... No te molestes en haceme medecinas... Yo me muero esta mesma noche... T'he mandao a llamar... pa que te hagas cargo de mi mujer... y de tus dos hijas.

El curandero sintió que se le había caído el corazón, y se agachó para recogerlo del suelo.

—Está bien—dijo.

Y cumplió su promesa.



LA TRENZA

Tiene la piel color de tinaja, los ojos negros.

Tenía, antes de ahora, la risa blanca.

Es lacia de pelo, gorda de piernas.

Era apretada de nalgas, ligera de paso... y bajo la blusa limpiecita, el temblor de sus dos pechos sazones.

—Diantres con esta mocosa! ¿Onde andabas? ¡Coge oficio! ¿Querés?...

Entonces Teresa corría a fregar las ollas mantecosas por dentro, tiznadas por fuera, y mientras cantaba haciendo gorgoritos, y mientras reía con su risa blanca, ya miraba hacia el camino pedregoso, ya tropezaba con el chancho.

Cuando la tarde era buena, a escondidas, se iba a juntar con la muchachería vecina, sobre la arquería del puente.

—Diantres con esta mocosa! ¿Onde andabas? ¡Coge oficio! ¿Querés?...

Entonces Teresa corría a despercudir la ropa sobre la batea de pochote y, tarareando siempre, la colgaba luego en el alambre de púas o la tendía en el zacatal.

La muchacha era una alegría que vivía en una casa.

Pero una vez...

Pero una vez, Teresa dejó de cantar. Sentía algo extraño. No era tristeza... ¡No! Tampoco... era miedo. Era... como un susto. ¡Eso sí! Un susto que duraba muchos días.

Iba entonces por el trillo del potrero, con la boca abierta y los ojos redondos, haciendo y deshaciendo la trenza larga de su cabeza.

—Es l'edá —había dicho su madre cuando la observó pensativa, acurrucada en la cocina, trenzando siempre los chuzos de su pelo.

Y nadie sabía que Teresa tenía un susto escondido.

—¿Por qué no volviste a cantar, m'hija?...

Teresa se encogía de hombros y miraba lejos.

En lo alto del terraplén está la casa puesta, de adobes hecha. Tiene los ojos a rayas y la cara blanca.

La ciudad se ve desde allí, como un reguero de azúcar esparcido allá abajo en la meseta.

Pasa grande la sombra de las nubes, y a ratos desluzce las cristalizaciones.

El tronco de un targuá parte a la ciudad en dos.

—¿Qué te pasa m'hijita?

Corta las hojas el viento que es duro, y las hojas tardan para caer oscilando.

—¡Déjate ese pelo, Teresa!

—Es qu'esta trenza m'está apretando la nuque.

Y algunos meses después, la comadrona del lugar, ayudaba a la muchacha a salir del susto.

Por las noches la ciudad se ve como un montón de estrellas caídas.



EL CHOLO

—¡Malaquías Badilla!...

—¡Isidro Mena!... —¡Jacinto Alfaro!...

... Cantaba el mandador y entregaba el salario.

La cuadrilla, olorosa a sudor, recibía el jornal de la semana.

—¡El Cholo es un desgraciao, me quitó l'orilla, s'atiene a qu'es un matón, pero me las va'pagar!

—No te metas con el Cholo.

—¡Yo no le tengo miedo a naide! —Pos y'estás albertío.

Era sábado. El cafetal de la hacienda había quedado lindamente aporcado por tan valientes paleros.

A la noche, toda la cuadrilla habíase reunido en el comisariato. Algunos bebían, otros discutían acaloradamente asuntos sin importancia, los de más allá jugaban a las cartas y el resto cantaba con notoria desarmonía de voces, acompañados a guitarra y dulzaina.

De pronto, Miguel Camacho, lanzando una maldición alborotó, como a un panal, toda la armonía de la peonada.

Estaba borracho y enfurecido. La hoja de su cuchillo había trazado en el aire una interrogación de luz, mientras oteaba entre la concurrencia, con fatídica mirada.

—¿Onde está el Cholo?

Todo el mundo quedó inmóvil.

El Cholo no estaba ahí.

Miguel Camacho había vuelto a gritar:

—¿Onde está el Cholo?

Algunos se llegaron a Miguel:

—¿Qué te pasa, Camacho?

—¿Onde está el Cholo?

—¡Sosegare, Miguel!

—¿Onde está el Cholo?

—El Cholo no está. ¿Pa'qué lo querés?

Miguel Camacho había mordido con los ojos al que se lo preguntó.

—¿Qué pa'qué? ¡Pa'cortale el resuello!

Los más amigos de Camacho lo habían sujetado haciéndole ver las peligrosas consecuencias de provocar al Cholo.

Algunos otros, enemigos tímidos del Cholo, lo azuzaban en espera de quedar vengados sin arriesgar el pellejo.

—¡Sí! ¡Onde está el Cholo, qu'es que dicen qu'es tan hombre! ¡Tráigansen al Cholo!

—¡El Cholo es malo! ¡Mejor qu'evités!

—¡Yo soy más hombre qu'el Cholo!

—Sosegate, Miguel, tené juicio. ¿Vos sos mi amigo?

—¡Yo no soy amigo de naide! ¿Onde está el Cholo?

Miguel Camacho, sordo, ciego y rabioso, se había echado a la calle, cuchillo en mano.

—Como llegu'el Cholo, aquí v'haber un matao.

—Miguel tiene razón, el Cholo le quitó l'orilla en el cafetal p'aumentase'l jornal.

Las mujeres del lugar habían llegado santiguándose a la gritería.

Alguien murmuró:

—¡Ahi vien'el Cholo!...

Allá, en lo alto del camino y entre la semioscuridad, veíase su figura atlética y brutal.

Entonces se hizo un trágico silencio en toda la peonada.

El Cholo acercábase pausadamente, chasqueando con deleite un cabo de puro.

Miguel apretó el puño del cuchillo y avanzó decidido.

—¡Saca tu cruceta, Cholo desgraciao, pa'que nos cortemos!

El Cholo detuvo el paso y retrocedió sin dar la espalda.

—¡Defendete, Cholo, o te mato'e cualesquier juanera!

Nadie creía lo que estaba viendo. El Cholo, por primera vez en su vida, evadía una riña, se acobardaba, retrocedía.

Miguel lo hostigó:

—¿Tenes miedo?

La gente esperaba un salto del tigre sobre su adversario. Entonces quedaría un muerto en el camino y ese muerto había de ser irremediablemente el pobre Miguel.

Algunos azuzaban al Cholo:

—¿Idiay, Cholo? ¿Onde está el hombre? ¡No seas pendejo!

A lo lejos repetíanse las últimas palabras:

—¡Cholo!...

—¡Hombre!...

—¡Pendejo!...

El Cholo contempló a la multitud y pasándose el reverso de su manaza por la boca, como para evitar una sola palabra, volvió la espalda.

fue entonces cuando Miguel Camacho se detuvo gritando, orondo y presumido:

—¡Allí lo tienen, corrió, al más valient'e la pionada!

Mientras tanto, el Cholo caminaba hacia su casa, sintiendo en la cabeza, como pedradas, las burlas de toda la peonada revuelta.

Ildefonso Mora había alcanzado al Cholo y sujetándolo de un brazo, le preguntó:

—¿Idiay, Cholo? ¿Qué jué'so?

El Cholo lo miró sonriendo:

—¿Sabes qu'es?... Que mi mujer acaba de tener un güilita.

... Y en la noche negra brillaron sus ojos como la luz del cocuyo.



LA SACA

Hay una roca vertical, labrada a triángulos en lajas de pizarra.

Al pie, el río, desaguando mudo, dobla a la inversa la altitud de la roca.

Caen chorros de lo alto que se pulverizan en lluvia menudita.

La humedad pone en las grietas vegetación de helechos gigantes.

Alguna vez, una laja desprendida corta el soliloquio del agua, y entonces huyen espantados los garrobos.

El río es como una ternura echada en el fondo del precipicio.

Frente al peñasco estaba la «Saca» de Ramón Jiménez.

—¡Qué negocio más riata! El aguardiente destilaba en hilos y se iban llenando las garrafas.

—¡Chepe! Tré más leña.

La tarde empezaba a tirar serpentinas bajo la niebla de los chorros.

—¡Qué negocio más riata! —Pero arriesgao.

—¡Qué va! Aquí no lleg'el resguardo. —Pos quién sabe...

Y una tarde cualquiera llegó el resguardo. Eran muchos hombres a caballo. Cayeron como una plaga de langostas y se llevaron el alambique, las garrafas, y se llevaron también a Ramón Jiménez con las manos atadas.

Pasó mucho tiempo, y otra tarde cualquiera Ramón Jiménez volvió al lugar.

Una hora río ¡abajo de donde estuvo la primera saca, Ramón Jiménez empezó de nuevo a destilar aguardiente clandestino.

El contrabandista se frotaba las manos.

—¡Don Ramón, ahí viene un hombre por la ladera!

—Espí quién es.

Chepe se ocultó subiendo entre el charral. Luego bajó.

—Es Pedro Rojas. —Miasustastes.

Pedro Rojas entró al galerón de la nueva saca.

—¡Hola Pedro! ¿Idiay, que t'hicistes que no has venío más antes?

—¡Qui'hay Ramón! Pos ahi siempre volando pala onde ñor Juaquín.

—¿Y Rosa? ¿Y Teresa? ¿Y los chacalines?

—Alentaos. ¿Y vos?

—Pos aquí siempre con este confisgao negocio que no da pa sustos. ¡ Idiay! ¿ Pos no supistes que me cayó el resguardo? Es lo pior ser uno confiao... ¿Querés un trago? Es guaro'e cabeza, todavía está tibio, como p'almadiar al más juerte.

Pedro tomó la jicara y la vació en dos tragos.

—¿Qué tal está?

—De paladialo.

Dos palomas moradas, volando bajo, aspiraron el olorcillo y tornaron a pasar después.
El río desaguaba mudo, haciendo azulejos.

—Mbré... Ramón...

Ramón Jiménez ponía leños en el fuego.

—Mbré... Ramón...—volvió a musitar Pedro— ¡Yo juí el que te denuncié a l'autoridá!

—¿Vos?... No, Pedro,... no juistes vos,... primero dudo si juí yo mesmo.

—Pos como l'oyís... necesitaba plata... y no hallaba d'ionde cógela.

Ramón Jiménez se sonó la nariz, y bañó una mirada en el río.

Las frases fueron saliendo a pedazos. Lentas. Crudas, pero sin lugar a duda.

—¿Pa qué me lo venís a contar?

Una rana de colores se zambulló en el agua.

—¿Pa qué me lo venís a contar?

Pedro inclinó la cabezota que era como una talla en granito.

—Es que la concencia... m'está jodiendo.



LA MONTAÑA

Todavía estaba oscuro cuando salieron.

Selim Parijare y Celso Coropa iban a reconocer un llano baldío que el primero quería denunciar, e invitó a su amigo de siempre para que lo acompañara.

—Cojamos por esta ladera.

Cierto que pudieron haber dado la vuelta por el camino de los cornizuelos, pero resolvieron atravesar la enormidad de la montaña para llegar más pronto.

—¡Cuidao con una culebra!

Los dos hombres se escurrieron entre una maraña de bejucos y raíces en un lugar en donde era desconocido el sol.

—¿Tu machete es Colin?

Chapeando con los cuchillos, que se quejaban con voces metálicas, adelantaron un buen trecho para entrar luego en un enredo mayor, y tuvieron que arrastrarse nuevamente debajo de la raigambre.

—Mejor hubiéramos agarrao por la picada.

Caminaron varias horas, y para engañar la pereza se dieron a silbar en contrapunto un motivo lugareño. En acompañamiento se oyeron matracas de pájaro carpintero y flautas de turpial.

—¡Ve vos qué raro!...

Tropezaron con dos calaveras de venado entrelazadas por los cuernos. Selim Parijare y Celso Coropa trataron de separarlas, y sin lograrlo, las dejaron colgando en la horqueta de una ceiba, en cuyas ramas se pendulaba un congo.

—¡Qué terreno tan quebrao!

Ya el sol entraba por donde podía, en rayos inclinados, redondos y calentitos. De árbol en árbol saltaban los pavones avisados, las ardillas temblorosas y los curres con sus pintadas plumas y sus picos fenomenales.

—Eso que suena es majafierro.

Llegaron a un desfiladero. En el fondo brillaba un riachuelo. Por las paredes subían aromas fuertes de flores salvajes y frutas venenosas.

—Aquí hay un tufo a sajino.

Selim Parijare y Celso Coropa, colgando de las raíces, bajaron el ponzoñoso paredón, y entre la brava espesura de la profundidad se hartaron de agua fresca.

—¡No seques la quebrada!

Muy alto, monos aulladores arrojaban frutas mordidas, y por todas partes se derramaban extraños cantos de pájaros que no se veían.

—¿Qué te parece si almorzamos?

Después, ambos hombres se echaron a modo de bueyes.

Celso Coropa recogió en la palma de la mano un rayo de sol y suspiró:

—¡Hay veces que no me gusta la vida!.,.

Frente a él, había como una tortura de raíces y bejucos.

—... Y hay veces que sí.

Entre la tortura de raíces y bejucos había una flor.

Después de una breve consulta interior, Celso Coropa se atrevió a decir:

—Hombre, Selim... He pensao irme de allá...

Me han ofreció trabajo en otro lao... Me pagan mejor ...

Selim pensó en lo que debía aconsejar: —Si es que te pagan mejor...—y después:— ¿Cuándo pensás irte?

—Mañana mismo. Pero...

Era mejor confesarlo de una vez, sin rodeos, bajo el recogimiento de aquella gran catedral. Luego entraría en explicaciones. Selim comprendería. ¡Fue siempre tan indiferente! ¡Y qué bien poco le importaban las cosas de Amor!

—No me voy solo...—Dijo temeroso, y luego con firmeza: —¡Jovita se va con yo!

Sobre el desfiladero pasó volando un quetzal y dejó un arco-iris.

Por fin los hallaron. Uno junto al otro. No aparecieron más que los esqueletos y los cuchillos.

Blancos aquéllos... Herrumbrados éstos.



LAS HORAS

Tenía su rancho... pero dormía en su bongo.

Por las noches bajaba la vela cangreja y la tendía sobre la botavara a modo de un manteado, para cubrirse del sereno... y de las estrellas errantes.

Antes de atrapar el sueño, a la hora de los recuerdos, miraba la Cruz del Sur, como la mira la punta blanca de una brújula.

En la ensenada, donde el pescador varaba su embarcación, había árboles atormentados y rocas carcomidas. Formas de madera y piedra esculpidas por los empujones de la marea.

A cuarenta pasos estaba su rancho, aburrido de tener tres años sin que nadie lo habitara.

El pescador tenía mujer... pero un día, la mujer del pescador lo vio muy cerca, muy junto a Laura, una muchacha de un lugarejo cercano, y sin más averiguaciones, sin palabras y sin escenas, se marchó a casa de sus padres.

El pescador se mudó a su canoa, porque ya en el rancho... nada tenía que hacer. ¡Tres años!...

Los canales, sucios de limo en las vaciantes, se ponían ambarinos en las crecientes de luna, semejantes a conchaperla.

Tres años esperó Tana que Pablo fuera a buscarla; pero como no llegaba, vino Tana a buscar a Pablo.

Tres años de espera, de angustia y de celos. Ahora llegaba ella, llorando de vergüenza y de rabia por haberse decidido a venir a buscarlo.

A buscarlo, sin que él la hubiera llamado. A perdonarlo, sin que él le hubiera pedido perdón. A entregarse, sin que él le hubiera extendido los brazos.

Pablo la había dejado irse, sin hacerle una pregunta, sin manifestar un ruego, sin que mediara una sola palabra de aclaración.

Pero ahora volvía ella, resuelta a definir aquel enredo.

Llegaba a decirle todo lo que había pensado en tres años. Quería pedirle una explicación, arrancarle a la fuerza confesiones y promesas... y después, según el aspecto que tomaran las cosas, quedarse con él condicionalmente o bien marcharse para siempre, con una carcajada burlona... para castigarlo.

A veces estaba resuelta a quedarse, siempre que él le rogase, aunque fuera débilmente o siempre que él le diera una excusa, aunque fuera mentira... pero él tendría que implorar, aunque no fuera más que con una mirada piadosa.

A veces estaba decidida a ofenderlo y a humillarlo, con el único objeto de desahogar aquel infierno de despecho, aprisionado en el silencio... pero no tenía armas.

Se le había trastornado el orden que había dispuesto para el abordaje. Llegaba vencida, porque ya no podía luchar un día más contra su orgullo. Ella misma no sabía qué iba persiguiendo; lo cierto es que antes del encuentro estaba derrotada. Derrotada por veintiséis mil doscientas ochenta horas de ausencia.

De allá adentro, de los canales, o de los pantanos, llegaban las ondas sonoras de un quijongo...

En esos breves silencios...

Cuando los rumores del mar están guardados en el laberinto de un caracol rosado.

Los recuerdos estaban dando la hora.

Tana entró al fin en la canoa y el pescador la miró suavemente, sin levantarse de su banco.

Ella nada dijo. Olvidó todo lo que había pensado decir. Se echó a los pies de su hombre, en la más dolorosa de las humillaciones... y le besaba las piernas. Levantó la vista, y sonriendo lo miró suplicante, con los ojos anegados. Después, reclinó la cabeza en el regazo del pescador...

Estaba cansada. El le pasó una mano por la frente... y ella se quedó dormida.

Igual que cuando tocamos una de esas plantas sensitivas que conocemos por acá, con el nombre pintoresco de «dormilonas».



EL CAMINO

Entre dos paredones de tierra colorada, estrujado y profundo, han tirado el camino cuesta abajo, ahondándolo a fuerza viva en el espinazo de la ladera.

De allí se derrumban los precipicios llorando soledades.

La lluvia...

La noche...

La lluvia se puso a rodar piedras al declive. La noche se quedó callada para oír los tumbos.

Tumbos en la noche cortada en pedazos por los relámpagos.

El camino estaba hecho un río.

Por ese camino bajaba una carreta.

El boyero no podía detener a los bueyes que patinaban cuesta abajo, por el declive resbaladizo.

La carreta llevaba un manteado.

El golpe de los ejes en los cubos hacía ruido de matraca. Contestaban largo los barrancos. Era como si las montañas estuvieran rezando.

Debajo del manteado sonaban quejidos.

Al lívido fogonazo de los relámpagos, sobre los hombros de los riscos, el cielo chorreaba plomo.

Los quejidos eran de mujer.

Cayó de rodillas un buey. El impulso lo arrastró untándole el hocico de barro. El otro lufó un dolor de pescuezo que se metió en la tierra. La carreta se ladeó chillando, junto a un paredón.

El boyero se asomó bajo el manteado. La mujer estaba ahora callada. Parecía dormida.

¡Era preciso llegar bien pronto donde el doctor!

Un chuzaso levantó al buey caído, y la carreta se echó a resbalar de nuevo, mordiendo la gravedad.

Volvieron los quejidos.

El viento se enredó en el charral de un hoyo; cuando logró desatarse, arrancando hojas, se dio a correr sobre toda la longitud de la sierra.

Esta vez cayeron los dos bueyes... Y sus cuatro ojos como carbunclos.

El boyero soltó una maldición que traía prensada entre los dientes.

Nuevos golpes de chuzo levantaron a los bueyes.

Pasó un pedrón saltando.

De lo alto seguían rodando piedras.

La carreta tomaba velocidad. El boyero, trotando tío espaldas, cogió por los cuernos a los animales que resbalaban con las patas estiradas hacia adelante. Combado el tronco. Arrastrando los hocicos.

—¡Jesa! ¡Jesa! ¡Jesa!

Ya estaba cerca el precipicio.

En el saliente de un paredón, llevados por el impulso, los cuatro cuernos de los bueyes quedaron ensartados. El yugo había prensado al boyero en lo bajo del vientre. Allí quedó un momento sin resuello, mientras se fue escurriendo por las patas delanteras de los animales. Empezó a destorcerse. Respiró hondo. Se levantó. Soltó otra maldición y castigó a los bueyes. La carreta resbaló nuevamente bajo los meteoros.

Bajo los meteoros un poco ya sosegados.

Bajo los meteoros mansos.

La tormenta fue quedando atrás.

El viento se alejaba. También la lluvia.

La noche se disolvía. El camino se allanó. El boyero. Los bueyes. La aurora. Se hizo el día.

Por la carretera, horizontal y sabrosamente buena, la carreta trazaba sus paralelas. Había farándula o fiesta en el salto de las compuertas. Las decoraciones en las ruedas, ya lavadas en el río, eran como estrellas dando pasos sobre la palma bendita del camino.

Un jilguero de campanilla despilfarró un tesoro de canto en tres o cuatro segundos.

Llegó la carreta frente a la casa del doctor del pueblo, y allí se detuvo.

El boyero cogió en sus brazos a la mujer y la metió en la casa.

Afuera un buey se echó. Después el otro. El boyero también se echó en un rincón de la enfermería.

El doctor.

La ayudante.

El doctor entró al cuarto arrollándose las mangas de la camisa.

La ayudante fue a la cocina a traer agua caliente.

Todo quedó un momento comprimido en el silencio.

Cuando la ayudante volvía con el agua, halló que el doctor iba saliendo de la enfermería santiguándose.

—¿Murió la pobre?—preguntó asustada.

—No.—contestó el doctor.—La mujer está bien, el que murió fue el boyero. Y derramando las palabras en el zaguán:

—¡Ese hombre venía muerto!...



EL CHILAMATE

Este hombre... vivía en tierra caliente, y el sol arremetía implacable sus llamas, contra el patio de su casa.

El calor enfurecido requemaba la arena metálica, y crujía en los tabiques encalados de blanco.

Un reflejo de chispa y ardor acuchillaba los ojos.

Todavía al atardecer, cuando el sol se cortaba en los dientes de la sierra, quedaban algunos diablejos de reverberaciones atizando los rescoldos en el horno del maldito patio.

Pero aquello tenía remedio.

El hombre se fue a un chilamatal. Eligió un árbol niño. Lo trasplantó en el centro del patio, y esperó pacientemente que fuera creciendo... para aprovechar la sombra.

Casi no hablaba con su mujer. Al principio, cuando se la llevó a vivir con él, era atento y cariñoso, pero, a la par del tiempo, tuvo la sensación de que su mujer... era una mujer de madera. Luego, la rutina se había vuelto un hábito desprovisto de emociones, y permanecía viviendo indiferente a su lado. Aspero y huraño.

Ella no protestaba. Sin embargo, en su silencio desconforme, tenía ganas de vengarse o de lastimarlo en alguna forma, para desquitarse de su degradación.

Bien, resulta que el chilamate, plantado en el centro del patio, fue tomando altura, y el hombre necesitaba que sus ramas se extendieran horizontalmente, para que cubrieran con su sombra, el mayor espacio posible de terreno. Entonces podó el árbol, y en consecuencia, en lados opuestos del tronco brotaron dos hermosas ramas. Por otra parte, el tallo, no se sabe por qué, había crecido como dos piernas apretadas, una con la otra.

¡Aquél árbol iba tomando formas de mujer!...

Y he aquí, donde empieza el problema del hombre.

Todas las tardes, cuando regresaba de su trabajo, se sentaba horas y horas, a la sombra del chilamate, a contemplar... a aquella nueva mujer de madera... y terminaba por ponerse a beber vino de coyol.

Su compañera lo observaba, por entre las rendijas de la cocina, pero nunca decía nada.

El hombre sentía sobre él las miradas de la mujer, pero tampoco decía nada.

En cierta ocasión, el hombre oyó decir que la sombra de los chilamates era mala. Que hacía daño a quien se sentara bajo su frescura. Que producía la muerte con su llanto de la tarde.

El no creyó en aquello, pero siguió bebiendo vino de coyol en la cocina.

La mujer se mudó de la cocina a la sombra del chilamate, a tejer canastillas de burío.

El hombre contemplaba a la mujer y al árbol... Y cuando se le alojaban en la cabeza los vapores del fermento, empezaba su confusión... y ya no sabía cuál era el árbol y cuál la mujer. Se le había hecho un trastorno, y para descifrar aquel embrollo, seguía bebiendo grandes cantidades de vino de coyol.

Una noche, el hombre se levantó y pasó su mano callosa sobre el cuerpo del chilamate. Luego la retiró asustado, porque había experimentado cierto placer.

Al siguiente día descolgó su hacha y sobre la piedra de mollejon se puso a afilarla, a amolarla, cuidadosamente, pasando repetidas veces sus dedos sobre el filo, que chispeaba cada vez que un golpe de sol lo tocaba en su acero.

Después la colgó.

En la noche, le dijo a su mujer que a la mañana siguiente tomaría el tren para San José. Y a la siguiente mañana se marchó.

Dos semanas después, el hombre volvía a su casa. Aquella huida, hacia climas fríos, le serenó un poco el espíritu y le había aplacado la sed de vino de coyol. También estuvo pensando en su mujer con exquisita ternura. fue preciso alejarse unos cuantos días de ella, para descubrir que la quería. Buena, triste, callada. Haciendo canastillas de burío.

Le llevaba un regalo. Unas argollas de oro. ¡Unas lindas argollas de oro puro...! Iba dispuesto a cambiar con ella. Iba dispuesto a volverse atento y cariñoso, como había sido al principio, cuando se la llevó a vivir con él.

Algunas veces, pensaba también en su árbol... Su árbol, al que no permitía que se le tocara ni una hoja, a pesar de que su sombra era mala.

Al llegar al pueblo, un vecino le contó que su mujer tenía cuatro días de enterrada.

El hombre entró a su casa y corrió al patio.

Estuvo inmóvil... hasta que el sol empezaba a cortarse en los dientes de la sierra, con las argollas de oro dobladas en el puño, frente al árbol de carne...

Mirando con asombro la asombrosa sombra del chilamate.

Después... descolgó el hacha.



UNA NOCHE

Un sábado, bajo una tarde pintada con colores de mango maduro, caminaba hacia la costa Luis Gaitán.

Llevaba al hombro pico y pala. A la cintura un puñal.

«Cualquiera creería,—iba pensando a su modo— que voy a pelear con alguien, y aquí llevo pico y pala para darle sepultura». Y le dio un escalofrío de miedo.

¡Este Luis Gaitán!... Padecía de exceso de imaginación ... y de serenatas con guitarra. Era tan pintoresco y sencillo, como buen sabanero y domador de potros. Valiente como nadie, y sin embargo... Les tenía miedo a los muertos.

A la izquierda, había una laguna.

A la derecha, sombreaban el camino los altos mangos, con sus racimos pintones, colgando hasta tocar el suelo.

Una multitud de garzas se desprendió, como si se hubiese echado a volar la laguna.

De las piñuelas y los cornizuelos salían las iguanas, atravesándose en el camino, igual que los recuerdos desagradables.

Luego... pasó la sombra de las garzas arando la llanura.

Luis Gaitán cambió de hombro a pico y pala y de asunto al pensamiento.

Iba a encontrarse con Cristóbal Chamorro, en la bodega solitaria de El Resguardo, donde dormirían, para salir al día siguiente, con los primeros bostezos de la madrugada, a escarbar una guaca chorotega.

Se decía que en aquel lugar habían vasos preciosos, colgantes de jade, águilas, lagartijas y ranas de oro. También se decía que era de mal agüero tocar aquellos entierros de indios.

Irían a pie, porque en la trocha entraban con dificultad las bestias y, además, no querían regar sospechas de sus propósitos, dejando sus cabalgaduras en el caserío.

Ahora, al derramarse la noche, rompían a meter inmensa gritería los congos, como si estuvieran destruyendo toda la península.

A la cabeza de Luis Gaitán, volvió aquel extraño presentimiento que lo había asustado unas horas antes: «¡ Algo malo va a pasar!...».

Ya en la noche vertida, noche de media luna y Orion, fue llegando el sabanero a la playa. Allá, un sumidero roncador, luego un cementerio de conchas encalado por la luna; y muy atrás, apenas visible, como una angosta serpiente luminosa tendida en lo lejano, La Bahía de Culebra.

Ocultándose entre la sombra de los matapalos, se acercó Luis Gaitán al viejo muelle carcomido por los mariscos. Al frente queda la bodega de El Resguardo. Una enorme barraca desierta, de madera y cinc.

Madera tostada por el sol, y cinc herrumbrado por la sal.

Luis Gaitán empujó la puerta cachazuda y gritona. Una huida de murciélagos removi6 el calor, y se oyó el paso asustado de las iguanas.

Entró primero un cuadrilátero de luna, y después el sabanero, escudriñando todos los rincones. Cerró la puerta y resolvió no encender lumbre para que no se escapara por las grietas de las tablas, no fuera a llamar la atención de algún guarda noctámbulo.

Allí estaba Cristóbal Chamorro, dormido en el suelo, en el más oscuro de los ángulos.

—¡Pst!... ¡Cristóbal!...

Cristóbal Chamorro no se movió.

—¡Pst!... ¡Cristóbal!... ¡Cristóbal!...

Cristóbal Chamorro tampoco se movió.

Una cinta de luna entraba por una rendija y daba sobre la cara de Cristóbal Chamorro.

Luis Gaitán se acercó, cerciorándose de que aquél era su amigo, y después se fue a acostar en otro ángulo del barracón.

Pero no pudo dormir. Oía el trote de las iguanas y el aleteo de una enorme cantidad de murciélagos que pasaban abanicándole la cara.

Otra vez, lo atormentó aquel temor infundado: «¡Algo malo va a pasar!...».

Hay noches en que revolotean millones de espíritus siniestros, entre las oscuras cavernas del pensamiento.

Muy lejos, solfeaba un alcaraván, y muy cerca se oía a los tecolotes brujos pronosticando sus augurios.

De pronto, Luis Gaitán abrió los ojos espantosamente redondos, sintiendo que toda la sangre de su cuerpo se le había acumulado en la cabeza.

«¡No!... ¡No!... ¡No puede ser!...».

Se mantuvo quieto, aturdido, mirando fijamente el bulto informe que la penumbra le dejaba ver de su amigo.

¡Luis Gaitán les tenía miedo a los muertos!

¿Por qué, Cristóbal Chamorro no había respondido cuando lo llamó, si lo llamó repetidas veces y con voz fuerte?... Y se le reprodujo la imagen de la cara de su amigo iluminada por una banda de luna.

Cristóbal Chamorro estaba amoratado, con la boca abierta... y con esa espantosa quietud que tienen los muertos.

Trató de calmarse reprendiéndose a sí mismo, y después:

—¡Eh!... Cristóbal!...—gritó con una voz que ya no era la suya.

Cristóbal Chamorro permaneció inmóvil.

fue entonces cuando el sabanero, tragando puñados de fuerzas, se levantó acercándose a su amigo.

Un grito aspirado se le metió en las entrañas. El brazo izquierdo de Cristóbal Chamorro descansaba sobre un reguero de sangre.

Se atrevió a tocar la mano. Tenía una humedad fría. Se dio cuenta de que se había untado sus propios dedos de sangre. Sintió que le venía un vómito por el espanto, y se limpió la mano en su camisa.

Caminando de espaldas, aterrado, y con un frío extraño en las raíces del pelo, llegó a su rincón en donde se tumbó a pensar en lo que debía hacer.

Afuera aullaban los coyotes.

¿Avisar a las autoridades?... ¡No! Sería aprehendido inmediatamente. Tenía la camisa manchada de sangre y llevaba un puñal consigo. ¡Era tan difícil probar su inocencia!...

¿Huir?... ¿Para qué?... ¿Hacia dónde?... Sería un agravante, y al fin lo encontrarían.

Don Gaspar Vallejo, su cuñado Samuel y Gregorio Burgos, sabían que andaba con Chamorro buscando aquella guaca y... mucha gente lo miró caminando en

dirección a las playas, tratando de pasar inadvertido entre la sombra de los matapalos.

Miró el cadáver desde su rincón. Ahora, entre la oscuridad, creía ver a los murciélagos y los vampiros, arrastrándose torpemente, miserablemente, con ayuda de sus diabólicas alas membranosas, chupando la sangre derramada. Una sangre negruzca.

Afuera seguían los coyotes agujereando la noche.

Adentro, aquellos horribles vampiros hartándose de sangre, que una vez llenos, aleteaban el silencio que había, entre las sombras de aquel odioso barracón.

¡Cuánta razón tenía el viejo don Gaspar cuando le dijo sentencioso, que era de mal agüero robar un entierro de indios!...

¡Algo malo tenía que pasar!...

Luego se preguntó: «¿Quién pudo haber asesinado a Cristóbal Chamorro?... ¿Para qué?... ¿Acaso tenía enemigos?... ¡No!... ¿A ver?... ¡Sí!, ¡Gregorio Burgos!... Gregorio Burgos lo odiaba porque Cristóbal Chamorro lo acusó de haber robado unos novillos, y Gregorio Burgos sabía que esa noche iba a dormir en el barracón.

A ratos sentía un escalofrío al pensar que estaba solo, acompañando a un cadáver.

Y se hundió en una confusión anormal. Después resolvió no echarle la culpa a Gregorio Burgos... Y admitir la verdad. fue él mismo. El lo mató con aquel puñal. Lo mató al llegar, en un arrebató subconsciente. Lo mató, porque quería destruirlo. Lo mató para ir solo a coger la guaca. Varias veces, en el camino, lo había tentado la codicia de no repartir el tesoro de aquella guaca con nadie. Era una cantárida venenosa, que de, rato en rato revoloteaba con sus elipses verdes alrededor de su cabeza. Luis Gaitán la espantaba horrorizado, pero la cantárida volvía, con su zumbido obstinado, y al fin lo picó... trastornándole la cabeza.

Pero ahora, ya estaba arrepentido, porque ya había pasado la locura, y también, ¡oh prodigio! había perdido el miedo a los muertos... a los muertos... a los muertos...

Luis Gaitán estaba destrozado.

¿Qué hacer?...

Dio media vuelta y tropezó con la pala y el pico. ¡Eso es!... ¡Enterrarlo!... ¡Debía de ocultar su crimen !... Era preciso, sin perder más tiempo, abrir una fosa y enterrar el cadáver. ¡ Para eso había traído sus herramientas!... Sepultaría el cadáver, junto con todos los utensilios. Haría una nueva guaca de objetos de acero. Así, todo quedaría oculto, desde aquella misma noche. ¡Nadie sabría nada!... A Cristóbal Chamorro se lo tragaba el misterio. La noche estaba magnífica para enterrar a un muerto.

Se volvió boca abajo, se puso a gatas, todavía sin valor, sin aliento, sin fuerzas para ponerse de pie, y empezó a arrastrar la pala y el pico, avanzando de medio lado, lentamente, como un cangrejo herido...

—¡Luis!...

Luis Gaitán, en un movimiento rápido, se volvió boca arriba. Frente a él, estaba Cristóbal Chamorro.

—¿Idiay?—dijo Chamorro—¿Qué carajo estás haciendo?

Luis Gaitán no contestó. No podía contestar. Miraba a su amigo con los ojos fijos, espantado, sin comprender nada.

—¡Levántate, jodido,—añadió Chamorro—Vamos a buscar la guaca, que ya está aclarando.

Luis Gaitán se levantó apoyándose en la pared. Se frotó los ojos. Miró por una grieta que empezaba el día. Se estrujó con ambas manos el cerebro. Luego se fue caminando despacio, hasta el rincón en donde había dormido Cristóbal Chamorro. En el suelo había una mancha negruzca.

—¿Que es eso?—preguntó idiotamente.

—Una mancha de café negro.—contestó Cristóbal— Anoche se rae regó la botella. Llegué tan cansado que me dormí encima y me manché la camisa.—Y agregó:—Ni te sentí cuando llegaste.

En Oriente había un surtidor de rosas.

Luis Gaitán soltó una carcajada ruidosa y extensa como la llanura.

—¿Por qué te reís? —Por nada.



LA BOCARACA

Aconteció en las inmensas soledades de Toro Amarillo.

Allá, una casa rompe la unidad de la selva, y fue Jenaro Salas quien primero arrancó unos árboles para sembrar su áspera vivienda.

Era un galerón de palos cubiertos de corteza, que se asomaba a la orilla de un camino abandonado. En el invierno...una ciénaga: en el verano...un polvazal.

La casucha veíase aun más humilde, bajo la arquitectura de una Ceiba, casi tan alta como una plegaria.

Jenaro era un hombre atribulado, porque pensaba que la tierra lo malquería; la juzgó en su contra y quizás por eso, la región a veces lo atormentaba y a veces, también, se reía de él.

Acabó por sentir miedo de la soledad, de las tinieblas y del silencio, y vivió con un temor incesante...no sabía de qué.

De noche tardaba el sueño en llegar a sus ojos, y era entonces cuando la respiración de su mujer y de su hijito, o el chisporroteo de algún tizón que quedara vivo en la cocina, le servían de consuelo o gozo.

En las noches sin luna, una llamita en la linterna tenía el poder de un faro.

Cierta tarde, regresaba Jenaro Salas de su trabajo de montaña, tirando de una carretilla cargada de súrtulas y palmitos. Al acercarse a su rancho, halló en el portón a su pequeño hijito, que lloraba con claros deseos de contar algo que no sabía decir.

Movido por el temor, Jenaro no se ocupó más del niño. Echó a correr y se metió en la casa...

Pero en la casa no estaba su mujer.

La llamó varias veces. Muy angustiado se asomó por la puerta trasera. Dirigió su vista en todas direcciones, como una brújula agitada; al fin se clavó en el norte, hacia abajo, junto al riachuelo que trascurría a una pedrada de lejos.

Corrió otra vez. Allí estaba su mujer, tendida en el suelo, lívida, inconsciente. Dos de los nudillos de su mano izquierda sangraban. Cerca de ella había una serpiente de unos dos palmos de longitud, con la cabeza aplastada y todavía en convulsiones.

Era una bocaracá.

Jenaro no ignoraba que en aquellos casos , unos minutos malgastados eran de la muerte. No debía perder tiempo en aplicar inútiles remedios caseros, ni en consolar al niño que lloraba, con los ojitos como dos preguntas. Iría a buscar suero contra las mordeduras de serpientes, y para hallarlo necesitaba consumir veinte kilómetros de mal camino.

Arrastró a su mujer hasta la casa y allí la dejó tirada sobre un camastro.

Buscó su caballo. Hizo riendas de un cordel. Arrebató un látigo a un árbol. Montó en pelo la bestia y, azotándola en ambas ancas, la echó a correr desenfrenada sobre la grosería del camino.

Echemos atrás y conozcamos lo que había ocurrido:

Tana, la mujer de Jenaro Salas, hallábase aquella tarde en sus quehaceres, cuando vio llegar a su niñito dando voces de contento. Había encontrado un objeto raro y de bonitos colores.

Era una serpiente bocaracá. La llevaba cogida por el cuello.

La madre tuvo el valor de ahogar un grito y salir moderadamente al encuentro de su hijito, a pedirle que le diera para mirar aquel extraño bejuco; pero el niño tenía ganas de jugar, y echó a correr vereda abajo, llevando la víbora aprisionada en su traviesa mano.

Ella lo siguió, como jugando, mientras oraba con mudos gritos interiores, para que su niño no fuera a tropezar y caer...o para que no acercara su manita libre a la cabeza de la serpiente.

Logró alcanzarlo, cuando se detuvo a la orilla del riachuelo.

La madre llegó donde su niño, cantando una canción que había olvidado.

Llegó por la espalda de la criatura. La canción se estaba transformando en súplica.

Pudo sujetarlo por las muñecas. La súplica empezó a volverse llanto.

El niño reía. El llanto de la mujer se convirtió también en risa.

Tana extendió los pequeños brazos en cruz, como si fuera una penitencia. Luego fue deslizándose su mano derecha por el brazo de la criatura, hasta llegar a oprimir la manita, para que no soltara la víbora.

Se puso de rodillas. Luego se sentó en el suelo.

Prensó entre sus piernas el brazo izquierdo del niño. Con su mano libre empezó a desdoblar los inocentes dedos, tratando de sustituirlos, poco a poco, con los de su mano izquierda que temblaba de miedo.

El horror le daba a la mujer una risa espantosa, en tanto el niño reía de buena gana, por aquel divertido juego con su madre.

La víbora, arrollada en los brazos, con su cuerpo verde, negro y oropel, era como una doble ajorca.

- ¡Dame ese bejuco!...

- ¡Dame esa culebra!...

- ¡Dame esa bocaracá!...

- ¡No seas ingrato, hijito mío!...

- ¡Dame ese demonio!...

Por fin, la cabeza de la serpiente había pasado, sin vaciar sus colmillos, a la mano triunfante de la madre.

El niño empezó a llorar.

La mujer cogió una piedra y con ella, aplastó la cabeza de la víbora.

Al golpearla se hizo dos pequeñas heridas en los nudillos de su mano izquierda.

Después...

Después se desbordó el terror forzosamente dominado, y se desmayó ahí mismo, con el espíritu desprendido.

Cuando el espíritu volvió, hallóse Tana tendida en su camastro. Se levantó precipitándose en seguida hacia la puerta de su rancho, y vio a su esposo. Volaba en su caballo.

Lo llamó:

- ¡Jenaro!

Lo llamó a gritos:

-¡Jenaro!, ¡Jenaro!...

A gritos desesperados:

-¡No ha pasado nada!... ¡Jenaro!...

Pero ya el hombre había desaparecido detrás de un atormentado nubarrón de polvo.

ANEXO

Nota del Editor: *Cuentos de angustias y paisajes son los relatos que durante tres lustros publicó el autor, en periódicos y revistas, y algunos inéditos; cada historia iba acompañada por uno de sus grabados. Posteriormente a la edición de 1947, en la cual nos basamos para esta edición digital, Carlos Salazar Herrera agregó otros cuentos, de los cuales les traemos algunos de ellos, lastimosamente sin los grabados.*

EL PUENTE

El tema musical de aquel puente de madera, era como una llamada amorosa al corazón de la Chela.

¡Un puente de madera que sonaba como una marimba!

Cada vez que el trote de un caballo hacía sonar la tablazón, la Chela se conmovía y sus alegres palpitaciones se confundían con el tableteo.

La muchacha, entonces, se asomaba por la ventana de su casa, y tan pronto reconocía a Marcial Reyes, echaba a correr por el cercado hacia la vuelta del camino, y allí esperaba al jinete.

Ya el potro sabía que era cosa de detenerse y, como si quisiera lucirse en un desplante, se empinaba en dos patas y adornaba la cabriola con un relincho.

La Chela era huérfana y por eso, vivía arrimada a su padrino. Su padrino le dijo un día:

—Si Marcial Reyes te quiere... ¿por qué no viene a verte a la casa?

Y la muchacha:

—¿Acaso es novio mío?

—Entonces... ¿qué es?

—Pos... nada. Amigo.

—¡Mm!...

Una tarde de luna, Marcial Reyes dejó su caballo al cuidado de un árbol de güitite, saltó sobre el alambre de púas y caminó con la muchacha pastizal arriba.

Ola iba como ceñida a unas riendas trenzadas con palabras...

Y en el refugio confidencial de los pedrones negros que rematan la colina, Marcial Reyes besó a la Chela, y la besó, y la besó...

El viento hacía ondas en las espigas moradas de los pastos de calingero, y en el refugio confidencial, el constante caer y caer de los cuchillitos de un poro enorme, que había crecido junto a los pedrones.

—¡Cuidao vas a contarle a naide nada! —dijo él.

—No.

—¿Me lo juras?

—Sí.

La Chela hizo con sus dedos el signo de la cruz, y lo selló con un beso más, con un último beso.

A partir de aquella vez, Marcial Reyes no volvió a pasar sobre la marimba del puente. Ahora daba la vuelta por el camino de las lajas, y por el camino de las lajas siguió pasando para ir al pueblo.

Por eso, cada vez que un caballo pasaba sobre el puente, el sonido de las tablas repercutía con dolor en el corazón de la muchacha.

El caso de la pobre Chela era un asunto vulgar; y para que fuera más común, cierta mañana de domingo, Marcial Reyes salía de la iglesia y cogida de su brazo, con el velo y azahares de naranjo, la linda Rosario Víquez.

Pasaron algunos meses. Ya no estaba el pastizal de calingüero, pero en el remate de la colina seguían cayendo, cayendo siempre los cuchillitos del poró, acolchando un lecho vacío, protegido por aquellos pedrones mudos, cómplices, inmovibles.

Aquellas extrañas piedras como dólmenes... o como menhires.

Y aquel puente sonoro se había vuelto un martirio para la afligida muchacha.

Un día, el cura párroco del lugar, halló a la Chela, mordiendo un cogollito de jocote, sobre el puente de madera.

—Hace tiempos —le dijo— que no vas a confesarte, hija mía.

La muchacha bajó la cabeza.

El párroco insistió:

—¿Por qué no te vas a confesar?

La Chela se encogió de hombros y sin levantar la cabeza, miraba el entablado sonoro del puente.

¡Cómo iba a confesarse, si había jurado... “no contarle a naide nada”!

Una noche tostada de verano, alguien, —nunca se supo quién— le prendió fuego al puente.

¡Qué lástima, un puente de madera que sonaba como una marimba!

LA CALERA

Alguna vez, en lejanas épocas sin historia, el mar había llegado hasta allí. Por eso en el tajo hay fósiles de conchas.

—Buenas tardes, Eliseo.

—Buenas tardes, ñor Rosales. ¿Qué lo trae por estos lados?

—Pues nada, Eliseo; el gusto de saludarlo.

Y ñor Rosales entró en el encaladado galerón de la calera.

Casi todo es blanco: el camino, el puente, el muro, la tranquera, la casa y los troncos de los árboles. En el fondo el escarpado tajo de piedra caliza, con el gris del tiempo.

Cuando el sol baja, quiebra sus rayos en las lajas de la escarpa, y los rayos caen despedazados sobre los potreros.

—Hombre, Eliseo... ¿Le compro esta finquita con casa, calera, carreta y yunta?

—No, ñor Rosales, como va a crer...

—Vea, Eliseo, yo soy hombre de poco platicar. Le doy sesenta mil pesos, billete sobre billete.

—No, ñor Rosales. La oferta es buena, pero ni me haga juerza porque no la vendo.

—¡Ah!... ¡Qué Eliseo tan encariñado con esto!

—Asina soy yo, ñor Rosales.

—Bueno, Eliseo. ¿Qué vamos' hacer? Voyir haciendo viaje, pues.

—Bueno, ñor Rosales, que Dios lo lleve con bien.

Y el viejo salió del encalado galerón de la calera.. Casi todo es blanco.

Lina, la joven esposa de Eliseo, es también blanquísima de piel. Muy bonita es Lina. Su pelo castaño tiene reflejos de horno encendido, y sus ojos son verdes, como las hojas tiernas de los naranjos.

No se sabe por qué, empezó a llegar por ahí la Cholita. La Cholita es ahijada de ñor Rosales. Tiene el color moreno; sus ojos son negros y el pelo negrísimo. Así es la Cholita.

Cuando Eliseo quemaba piedra en el horno, ella estaba ahí, estorbándolo con preguntas inútiles. Cuando Eliseo guiaba sus bueyes, ella se subía a la carreta y buscaba entre las piedras fósiles de conchas.

Cuando Eliseo minaba el tajo, la Cholita estaba ahí, con los brazos cruzados por la espalda, erguida, mirando a los picapedreros.

Y lo grave era, de todo aquello, que el magnífico contraste que hacía aquella muchacha tan morena, en el fondo terriblemente blanco del paisaje, empezaba a gustarle a Eliseo.

—¿Por qué no te vas pa tu casa, Cholita?... Déjame trabajar.

—¡Ah!... Qué don Eliseo...

Al venir la noche, llegaba el calero a su casa y miraba a su mujer. Blanca, muy blanca, con los ojos verdes y el pelo castaño claro. Después pensaba en la Cholita.

Morena, quizás demasiado morena, con los ojos negros y el pelo carbón brillante.

Luego pensaba en el paisaje. Blanco el tajo, blancos los troncos, y la casa y la tranquera y el muro y el puente. Las trochas blanqueadas con el polvo de cal que se derrama al desbordarse de las carretas... y el rojo blanco de las calcinaciones.

Y la esposa:

—Decime una cosa, Eliseo: ¿Por qué la Cholita de ñor Rosales se pasa metida en la calera?

—Yo qué sé.

—S'está poniendo muy guapa la Cholita. ¿Verdád, Eliseo?

—Yo que sé.

—¿Te gusta, Eliseo?

—Yo que sé. ¡Yo qué sé! . . . ¡Ah carambas!

Y el marido terminaba por salir al corredor de su casa, para sumergir sus ojos en la negrura de la noche.

Una mañana, Lina resolvió visitar a su vecino.

—Buenos días, ñor Rosales.

—Buenos días, mi'hijita. Pase adelante y se sienta.

—Muchas gracias. Aquí no más... Vea, ñor Rosales, vengo a...

No hallo cómo decirle... Es por el bien de su ahijada. Usted sabe, ñor Rosales, es una muchacha tan joven y tan bonita...

—¡Ay señora, no me diga más! ¡Viera cuántos disgustos m'está dando esa confisgada muchacha! No hay modo de que tenga juicio. Sí, sí; ya sé, ya sé. Se pasa metida en la calera de Eliseo. ¡Achará!... ¡Una muchacha tan bonita, tan engreída y tan hombrera. ¿Verdá? Después le pasa algo... ¡Ah!;Qué muchachas las de hoy en día! En mis tiempos...

—Bueno, ñor Rosales, si ya usted lo sabe, usted sabe lo que tiene que hacer. Y dispénseme, ñor Rosales, que dejé el arroz en el fuego.

—Bueno, m'hijita. Muchas gracias por advertírmelo. Yo voy a platicar otra vez con esa vagamunda.

—Pero no le diga que yo le dije...

—No tenga cuidao, m'hijita, que yo nunca miento nombres porque no me gusta meter a naide en enredos. Démele saludes a su maridito.

—Gracias, ñor Rosales. Ahí perdone.

Y el pícaro viejo escondía su risa.

Lina salió muy triste de la casa de ñor Rosales, porque comprendió que nada había ganado y mucho había perdido con aquella tontería de visita.

Un día luego, frente al pabellón plateado de la escarpa, destacábase lindamente la silueta de la Cholita.

Eliseo la acertó a mirar, y por un instante pensó que si Lina estuviera parada allí, la blancura del tajo la hubiera absorbido, hasta confundirla con las piedras.

—¡Quilate de ahí, muchacha, que hay una carga de dinamita!

Eliseo echó a correr, llegó hasta la Cholita, la cogió de una mano y casi arrastrándola la metió con él en una gruta del peñasco. Reventó el explosivo y hubo una lluvia de piedras.

El calero, en la gruta blanca, tenía a la muchacha en sus brazos, sintiendo en sus manos encaladas el fogoso respirar del pecho agitado.

Era como si hubiese hallado un diamante negro entre la ferocidad blanca de la escarpa angulosa y llena de fósiles de conchas.

—¡Andá vete! Ya pasó el peligro, Cholita. ¿Por qué no te vas?

—¡Ah!... Qué don Eliseo, pues porque usted no me larga.

—¡Andá vete! ¡No te quiero! ¿Oyís? ¡No te quiero! ¡No me gustás?

Y le llenó la cara de besos.

Cuando ambos salieron de la gruta, encontraron a Lina frente a ellos. Parecida estaba a una estatua de cal. Sus ojos fulguraban.

Nada dijo. Dió media vuelta y se marchó.

Al apagarse el día hallábase Lina en el corredor de su casa, haciendo los ruidos a unas sábanas de lienzo. Algunas veces miraba la cumbre del tajo y después hacia el otro lado, la aguja de la iglesia de Patarrá.

Lina adora a su marido, aún cuando la blanca serenidad de su temperamento se niega a manifestarlo con zalamerías ternuras. Lo quiere, porque Eliseo es todo un hombre y sufre y se angustia porque sabe que su marido es muy capaz de querer a dos mujeres al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Pero Lina no estaba dispuesta a dividirse con otra. Ella fué siempre como la piedra caliza, fría, inmóvil, adherida a la roca. Pero ahora, había sido calcinada en un horno ardiente de celosas llamas, que la transformó en cal viva, con el fuego blanco acumulado.

Esperaba que Eliseo viniese a derramar sobre su blancura cáustica un chorro helado de reproches por haberlo espiado... o de indiferencia.

Entonces ardería ella, aún cuando tuviera que abrazarse en su mismo fuego, hasta quedar convertida en un puñado de cal apagada.

Llegó su marido.

Blanca la esposa. Blancas las sábanas. Blanco el corredor. No había en su mujer un contraste que la destacara de un fondo siempre igual.

En cambio la Cholita era una nota negra y brillante, que lucía de un modo raro, seductor, extraordinario... como una estrella negra en un cielo blanco.

Eliseo pensó que su mujer no tenía la culpa de ser tan blanca, y pensó que la blancura del paisaje estaba destruyendo a su esposa.

Esperó que ella hablara, pero ella nada dijo. Levantó la cara con una leve sonrisa y lo miró esfumado, a través de sus lágrimas. El dijo con amorosa ternura:

—¡Que bonitos son tus ojos!

Ella bajó la mirada y continuó hilvanando los ruidos en las sábanas de lienzo.

Lina esperaba algo así como un chorro de agua fría, pero fueron solamente cinco gotas de agua tibia: “¡Que bonitos son tus ojos!” Y agradecida y pacificada se prodigó en su silencio triste.

El sol bajo, quebraba sus rayos en las lajas de la escarpa. De tarde en tarde se oían explosiones de la dinamita rompiendo la cantera y después... una cadena de tumbos que arrastraba el viento sobre la cordillera.

A cada estallido, rodaban aquellas angustiosas gotas que tenían en sus lagrimales, las hojas tiernas de los naranjos.

Esta última noche, fué Eliseo a buscar al viejo.

—Buenas noches, ñor Rosales.

—Buenas noches, Eliseo. ¿Qué anda haciendo por aquí a estas horas?

—Pues... venía a ver, ñor Rosales, si todavía está dispuesto a comprarme la calera.

—¡Ah!... Qué Eliseo este más raro. Pues... hablando s'entiende la gente. Le antepongo que ya casi me había olvidado de eso. Pero, la verdá, hora que usted viene a mentarme lo del trato, puede ser que nos entendamos. Le advierto que ya no tengo tanto interés y diuna vez le digo que ya no le doy los sesentamil pesos que le dije. ¿Fueron sesentamil, verdá? Sí, sí, sesentamil. ¡Mucha plata! ¡Je, je!...

Usted sabe... Si me hubiera cogido la palabra cuando se la ofrecí...

—Bueno, ñor Rosales, y... ¿cuanto me ofrece ahora?

—Vea, Eliseo, yo soy un hombre de poco platicar. Si usted quiere que tratemos le doy cincuentamil.

—Está bien. ¡Llévesela!

—¡Ah!... ¡Que Eliseo este tan precisao! Pues si quiere mañana vamos onde mi abogao. Y... dígame, mi amigo, ¿Por qué se decidió a vendérmela?

—Es que quiero comprar en Higüito una finca... ¡con una carbonera!

Ñor Rosales extendió a Eliseo su mano derecha, mientras con la izquierda encubría una sonrisa imprudente que se le vino a la cara.

EL CALABAZO

Un día cualquiera, Tito Sandí abandonó su hogar.

Dejó un papel:

“Me voy, no me busquen. Los quiere, Tito.”

Hubo muchas conjeturas entre los vecinos.

“¡Qué extraño! Un hombre tan bueno, tan trabajador, tan cariñoso con su familia.

¿Otra mujer?... ¡Imposible! Tito Sandí adora a su esposa y a su parejita de niños. ¿Qué pudo haber pasado?”

Zoila, la esposa de Tito, quedó abatida; no obstante se hizo cargo, con ingenio y diligencia, de la administración de unas cuantas manzanas de tierra que dejó su marido, las cuales producían lo suficiente para vivir.

Hecha de adobes, troncos y tejas, en el regazo de una colina, estaba la casa, cuya fachada daba al Poniente. En los atardeceres de marzo, el sol veíase del tamaño de una rueda de carreta pintada con minio, y llenaba la casa de armonías cromáticas; colores planos, audaces y cálidos, como los cuadros del pobre Gauguín.

Y el tiempo pasó, y pasó a grandes zancadas, dejando huellas permanentes en las cosas y en los sentimientos; y desde que Tito se fue, cinco veces el verano derramó colores sobre la casa, sin que se tuviese noticias del ausente, hasta que, cierta calurosa tarde, llamó a la casa de Zoila un hombre desconocido. Era un hombre tranquilo, algo viejo y algo enigmático. Parecía un santo de madera con todos los surcos de la gubia; una figura de caoba que hablaba, que hablaba despacio, muy despacio, en voz baja y con frases cortas, separadas por silencios angustiosos.

—Buenas tardes... ¿Es usted la señora Zoila de Sandí?

—Pa’servirle.

—Gracias, igualmente. Yo me llamo Juan José Zárate, amigo de su esposo Tito Sandí.

—¿De veras? ¿Sabe usted donde está él?

—Sí, Señora.

—Pase adelante y se sienta, tenga la bondad.

—Gracias... ¡Qué calor está haciendo!

—Mucho, sí señor.

—...Todos tenemos penas en esta vida. ¿Verdá?

—Sí, mas hay que tener paciencia.

—Así debe ser. Pero mientras haya salú...

—Eso es lo principal.

—...¿Que tal están sus chiquitos?

—Muy bien, a Dios gracias.

—Se llaman Tito y Zoila, como ustedes, ¿verdá?... Me lo dijo su esposo... ¡Uf!...

¡Qué calor!

—¿Quiere un vaso de agua?

—No, Señora. Muchas gracias.

—...Pero, ¿donde está él?

—¿Quién?

—Tito Sandí, mi marido.

—¡Ah!... Sí... Muy lejos, por onde llaman Curridabá... Se quedó allí... Allí quedó.

—Y dígame, ¡por amor de Dios! ¿por qué no viene?, ¿por qué no me escribe?,

¿Porqué nos abandonó?, ¿qué hace?, ¿que tal s'encuentra? ¡Cuénteme algo d'él, pronto, por favor!
¿No sabe que hace cincuaños m'estoy muriendo por saber algo de Tito?

El ambiente estaba como saturado de sensiblerías.

Juan José Zárate, con los labios apretados, levantó despaciosamente la cabeza y se puso a recorrer con sus miradas las vigas del techo. Tornó a bajar la vista y, sin mirar a Zoila, dijo con voz más lenta aún, casi en secreto, con frases cortas y siempre separadas por silencios angustiosos:

—Hace tres días... se murió Tito Sandí. Murió... murió leproso... Poco antes de morir me contó que cuando supo que estaba... así, abandonó la familia pa'no pegarle l'enfermedá... Dicen que se pega, pero no es cierto. Tito que dijo qu'él cre que hizo bien. Que no le contó nada a usté, porque usté no lo hubiera dejado irse. Que a la par d'él, siempre hubieran vivido ustedes con miedo... Me dio las señas d'esta casa, y me pidió que viniera a contárselo todo. ¡Ah!, y que no les manda nada, porque no tiene nada que mandarles. Después me dijo una cosa muy rara... y muy bonita:

“Que si pudiera mandarles algo, sería un calabazo llenito de lágrimas.”

Cuando Zoila de Sandí se descubrió la cara, que había ocultado entre los pliegues de su delantal, ya Juan José Zárate se había marchado, sumergido en un ocaso como nunca.

EL CAYUCO

A bordo del cayuco —angosto y largo—, iban cuatro hombres y una mujer: el negro Williams, el tuerto Felipe, el zurdo Miguel, el nica Rivas y la parturienta Julia María.

Hacia la medianoche habían salido del menesteroso caserío Golden Grove y, a fuerza de canaletes y palancas, navegaban aguas arriba del Reventazón, rumbo a Cambo el desembarcadero.

El negro iba en la proa, porque veía en la oscuridad con ojos de lechuza; los otros hombres canaleteaban y la mujer, con el estorbo de su embarazo, achicaba y achicaba con el guacal de achicar.

Ahora bien: Tan pronto llegasen al desembarcadero, caminando a través del bananal llegarían a la plataforma Montecristo y luego, a la Unidad Sanitaria de El Carmen.

Por ahí, el Reventazón, de unos cien metros de ancho, serpentea por tantos recodos que las constelaciones circunvolaban en torno del cayuco. Las aguas achocolatadas arrastran ramazones que ponen a riesgo la navegación. En ambas riberas se bosquejaban los crujientes bambúes, las plantas de yute, la caña brava y los lirios silvestres.

—¡Cuidao, que viene un árbol grandísimo por la mitad del río! —gritó el zurdo Miguel.

—Mi verlo hace rato —dijo el negro—, agarra por la curva de la derecha; apagar focos. Mi ver más mejor en la oscuridá.

—¡Juemialma, qué tronco! —masculló el nica.

El árbol muerto pasó a babor como un espantajo.

—¡Ay! —se quejó la mujer acariciando su barriga.

Los cuatro hombres sé miraron en la oscuridad.

—¡Esta muchacha va'parir en el cayuco! —musitó el tuerto.

—¿Cuánto falta pa llegar a Cambo?

—Unas dos horas y otra onde la partera.

Los cuatro hombres canaleteaban con fuerza y la mujer, con la incomodidad de su barriga y reprimiendo sus dolores, achicaba con el guacal de achicar.

Un nuevo dolor hizo a la mujer exhalar un sordo gemido.

—¡Aguanta, aguanta! —dijo el negro desde la proa.

Y la mujer: —¡Usté se calla, negro chumeca!

El cayuco se llenó de risas y estas risas calmaron en algo el nerviosismo. Ahora, Las Siete Cabritas se refugiaron tras una nube y se enfrió el relente de la noche. El nica cobijó a la mujer con una manta.

—¿Quién sabe aquí algo de partos? —preguntó Julia María, con los ojos lagrimosos.

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Yo menos.

Nadie.

—Yo sí —dijo la mujer—. Una vez, junto a la comadrona ayudé a mi madre cuando nació mi hermanito. —Y añadió—: Aquí, en esta canasta traigo ropa limpia, mantillas, tijeras, otras cosas y dos botellas de agua llovida... —Y añadió autoritaria señalando al zurdo—: ¡Usté, Miguel, me v'ayudar!

—¿Yo? —quejóse el zurdo con la mano en el pecho.

—Sí, usté, Miguel Calero. ¡Venga acá! Tráigase una linterna. Lávese las manos.

Aquí hay jabón. Yo le voy diciendo lo que debe hacer. ¡Pronto!

El zurdo Miguel obedeció temblando de miedo.

—¡Qué pendejos son los hombres! —murmuró Julia María—, y se arrecostó lo mejor que pudo vuelta hacia la parte posterior del cayuco.

El nica, el tuerto y el negro se refugiaron hacia proa, mudos, bogando con más vigor, rumbo a Cambo el desembarcadero, a orillas del bananal. Entonces se extendió un largo susurro donde se mezclaba el chapoteo de los canaletes, el monólogo del río y las indicaciones en secreto de Julia María.

De pronto, ¡oh prodigio!, se oyó el llanto de un niño.

—¡Es un negrito! —exclamó el zurdo Miguel—. Un lindo negrito achocolatado, con su pelito pasuso.

—¡Ah, ja, já! —desahogó su ansiedad el negro Williams, con una inmensa risa saturada de orgullo paternal.

Luego, durante unos quince minutos tomó el susurro, con las últimas indicaciones que la parturienta hacía al zurdo Miguel... y el llanto del negrito.

—¿Seguimos para el desembarcadero? —preguntó alguno.

—¡No! —gritó la mujer—, todo está bien, gracias a Dios. Devolvámonos pal rancho.

El cayuco viró en redondo y se deslizó escurridizo a merced de la corriente.

Amanecía.

Sonaron las flautas de los agüños... y los broncos bramidos de los congo.